

PIO IX.
HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA
Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO,

con un razonado juicio de los acontecimientos religiosos, políticos y sociales
de la época,

RELACIONADOS CON EL CATOLICISMO,

**Y UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS TRES SITUACIONES DEL MUNDO,
CORRESPONDIENTES AL NACIMIENTO DE ESTE GRAN PONTÍFICE, Á SU ELEVACION Á LA SEDE
ROMANA
Y Á LA INVASION DE LA CAPITAL DE LA CRISTIANDAD.**

OBRA ESCRITA

POR LOS REVERENDOS

D. EDUARDO MARIA VILARRASA,

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion de Nuestra Señora
en Barcelona,

Y

D. EMILIO MORENO CEBADA,

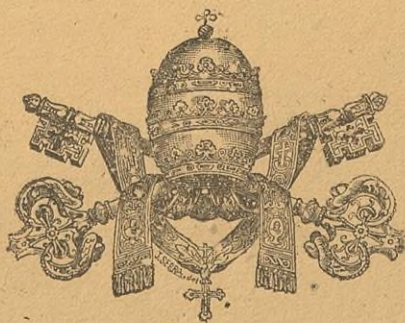
doctor en sagrada Teología:

**AMBOS EXAMINADORES SINODALES DE VARIAS DIÓCESIS, Y AUTORES DE ALGUNAS OBRAS
RELIGIOSAS Y CIENTÍFICAS.**

ESPLÉNDIDA EDICION

ILUSTRADA CON PRECIOSAS LÁMINAS GRAHADAS SOBRE ROJ

REPRESENTANDO LOS ASUNTOS TRATADOS EN LA OBRA.



BARCELONA :
IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
CALLE DE ROSADOR, N.º 24 Y 26.
1871.

Entregas 23 y 24.

L47
2859

HISTORIA DOGMA DE LA VIDA

DE LOS REYES Y REINAS DE ESPAÑA

DE LOS REYES Y REINAS DE ESPAÑA

DE EDUARDO MARIA VI ANTON

DE EMILIO RODRIGO BARRAL

DE LOS REYES Y REINAS DE ESPAÑA

BALBUENA
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CLERICAL
CALLE DE SAN JUAN DE LOS RIOS, 10

fianza, capaz de proteger y de hacer brotar mas y mas sus intereses legítimos, y acreedor al propio tiempo de la confianza del Soberano.

«Asegurándoos de la constancia y del celo con que me conduciré sin cesar para auxiliaros y apoyaros, reclamaré de vosotros, señores, en cambio, la calma en la discusion y una prudencia manifiesta en vuestras decisiones, para que de una parte la moderacion, y de otra el buen juicio, sirviendo de ejemplo, concurren á la gloria de nuestra patria comun y sean la recompensa de nuestro Soberano.»

El otro acto notable del cardenal Altieri en aquellas circunstancias fue el tacto con que arrebató de las manos de los turbulentos los catorce estandartes de los *rionis*, que se habian convertido ya en enseñas de todos los tumultos.

«Estas banderas, les dijo, son demasiado gloriosas para que las expongas a los accidentes de la calle. Ellas resumen las glorias de vuestros cuarteles; merecen, pues, ser guardadas en un santuario augusto como el Capitolio. Dejadas aquí para que, teniéndolas á la vista, la Municipalidad romana se inspire en las dignas tradiciones que ellas representan.»

La idea fue aceptada y aplaudida. El Cardenal regaló una medalla, en nombre del Papa, á cada uno de los portaestandartes.

Habia un hombre que dominaba con su influencia personal á las muchedumbres hasta en los momentos de su airada exacerbacion. Era Cicornacchio. Los portaestandartes le reconocian por jefe; cuando aquel hombre aplaudió el pensamiento de Altieri, sus subordinados hicieron eco á sus aplausos.

Á la mañana siguiente de la sesion del Capitolio el tosco tribuno se presenta al Cardenal para entregarle las fundas de los catorce pendones.

El Cardenal aprovechó aquella oportunidad para convencer al héroe populachero de las ventajas que le reportaria renunciar á la vida de agitacion que habia emprendido.

«¿No observais, le dijo, que los que se sirven de vos como de instrumento, os consideran como un maniquí juguete? ¿No veis que se sirven de vos para llevar adelante sus proyectos, cuyo resultado seria arruinar y desgraciar á la patria? Vos habeis nacido para ser un hombre honrado, un virtuoso padre y esposo, y no para ser un intrigante.

—Es verdad, eminencia, contestó; yo os aseguro que estoy resuelto á volver á la vida de familia; empero, no sabria resignarme á ello hasta ver libre á mi patria de la doble plaga de los austríacos y de los Jesuitas.

—¿Sabeis quiénes son los Jesuitas? replicó el Cardenal.

—Lo ignoro, contestó el tribuno, empero me han dicho que eran enemigos de Pro IX y los tiranos del pueblo.»

¡Se lo habian dicho y así lo creía! terrible crimen el de la explotacion maliciosa de tan dóciles corazones!

Gracias á la influencia del cardenal Altieri, el respetable príncipe Corsini fue nombrado por la Municipalidad senador en jefe. Las cualidades de aquel augusto personaje eran garantías de probidad.

Instituida la Consulta de Estado y la Municipalidad romana, el Papa trató de completar la organizacion gubernamental, estableciendo por otro *motu proprio* un Consejo de Ministros, y dándole atribuciones en armonía con el nuevo modo de ser. Á cada ministerio se le señaló un círculo de accion pro-

pio, dentro del que el ministro pudiera con cierta independencia realizar y ensayar sus proyectos y plantear sus resoluciones. La independencia de los ministros creó una especie de responsabilidad ministerial.

De esta manera los diferentes ramos de la economía pública tenían su activo móvil, y poniendo al frente de los respectivos departamentos personas dotadas de las cualidades exigidas por el ministerio que desempeñaban, era segura la marcha progresiva del orden, de la riqueza y de la prosperidad.

Atento á cuanto pudiera facilitar el expedito juego de las instituciones, agregó al Consejo de Ministros un cuerpo de auditores auxiliares, repartiéndose la gestion de las administraciones de Negocios extranjeros, Interior, Instruccion pública, Gracia y Justicia, Hacienda, Comercio, Bellas artes, Industria y agricultura, Obras públicas, Guerra y Policía.

Con esta institucion Pio IX puso la corona á sus reformas. Habia ya escogido todas las buenas cualidades de los últimos adelantos gubernamentales, aplicándolos á su reino.

Poco tiempo hubiera tardado el pueblo romano en experimentar los resultados de semejante organizacion; si el espíritu de revuelta no hubiera perturbado la calma y la paz, sin las que es imposible todo progreso.

La Francia, consecuente con sus tradiciones católicas y con el interés que en los períodos críticos ha manifestado por la Santa Silla, dejó oír su autorizada voz por órgano de Mr. Guizot, que en su cualidad de religionario protestante estaba al abrigo de toda nota de parcialidad.

El Ministro escribia á Rossi, embajador francés en Roma, una nota en la que se hacia completa justicia á las mesuradas reformas por el Papa establecidas, al paso que se indicaba con sensato criterio la actitud que convenia al pueblo de Roma, para no esterilizar los nobles esfuerzos de Su Santidad en pro de sus súbditos.

La palabra de la Francia debe ser tomada en cuenta en esta historia.

«El Gobierno del Rey ha sabido con satisfaccion, decia Mr. Guizot, los últimos actos administrativos del Padre Santo. La ilustrada política que ellos revelan, la acogida entusiasta que han merecido del pueblo, la actividad que las notabilidades del país han desplegado para defender el orden y apoyar al Gobierno romano, son síntomas capaces de tranquilizar y satisfacer á la Europa cristiana, tan vivamente interesada á favor de la autoridad moral de la corte de Roma y de la seguridad de Italia...

«Mientras que este sea el camino recorrido por una y otra parte; mientras tan feliz acuerdo se mantenga entre el príncipe y los súbditos, la Europa podrá esperar ver renacer el difícil y saludable trabajo de sus desechadas reformas, y el Gobierno del Rey, que en cierta ocasion ha dado tan manifiestas garantías de voluntad decidida hácia la Santa Silla, pondrá tanto mas empeño en secundarle, en cuanto contará con el éxito regular y pacífico de su patriótica empresa.

«Concebiria empero sérios temores el dia en que viera *suscitarse exigencias inconciliables con la situacion general de la Italia, y con la naturaleza del Gobierno romano*, ó bien en el que por una reaccion natural sucediese una recelosa reserva al noble y paternal abandono que en este momento caracteriza la política pontificia. Para evitar estos funestos escollos contamos con la sabiduría de Pio IX, así como con la inteligencia política, tan justa, tan ac-

tiva y tan delicada, de la cual está dando incontestables testimonios el pueblo romano.»

No se necesita comentar el anterior despacho para que luzca al juicio de todos la dignidad y madurez del criterio que le dicta. Estas son las inspiraciones verdaderas de la prudencia, que, si fueran seguidas con constancia, llevarán á puerto seguro la nave de los tesoros de la civilización por el diestro y santo piloto dirigida.

Cuando las *exigencias inconciliables* empezaron á formularse con cierto desembarazo, y los siniestros intentos de trastornar el equilibrio europeo apartaron de sí otra parte del velo que los ocultaba, la Francia habló otra vez. El mismo Guizot fue encargado de formular la política que se proponía seguir.

«Una fermentación grave estalla en Italia, decía también á su embajador, propagándose á todos los Estados de la Península. Es menester que os sean bien conocidas las miras que en estas circunstancias sigue el Gobierno del Rey, para arreglar á ellas vuestra actitud y vuestro lenguaje.

«La conservación de la paz y el respeto de los tratados son la base constante de esta política, pues que estos tratados los consideramos igualmente esenciales para la felicidad de los pueblos y la seguridad de los Gobiernos; para los intereses morales y materiales de la sociedad; para el progreso de la civilización y la estabilidad del orden europeo. Tales principios han sido el móvil de nuestros actos referentes á los negocios de nuestro propio país, y por lo tanto seremos á ellos fieles en las cuestiones que se relacionen con los países extranjeros.

«La independencia de los Estados y de sus Gobiernos tiene para nosotros la misma importancia, es objeto de igual respeto; el fundamento del derecho internacional es que cada Estado arregle por sí mismo, y como lo tenga por conveniente, sus leyes y sus negocios interiores.

«El respeto á este derecho es la garantía de la existencia de los Estados débiles, y de la paz entre los grandes Estados. Respetándolo nosotros, conseguiremos mejor que sea respetado por los demás.

«Así por el valor intrínseco, como por el duradero éxito de las reformas necesarias en el interior de los Estados, hoy importa más que nunca que estas se verifiquen regular y progresivamente, de concierto Gobiernos y pueblos, por medio de una acción común y mesurada, y no por la explosión de una fuerza cínica y desarreglada. Nuestros consejos y nuestros esfuerzos apoyarán constantemente este sistema.

«Lo acontecido hasta ahora en los Estados romanos prueba que los principios que acabo de recordar se han reconocido y puesto allí en práctica.

«Acercándose al Soberano, y evitando toda precipitación desordenada, todo movimiento tumultuoso, es como el pueblo romano trabaja para asegurar las reformas que necesita. Los hombres notables y esclarecidos que viven en esa población se dedican á dirigirla á este objeto por las sendas del orden y con la acción del Gobierno.

«El Papa, por su parte, en la grande obra de reforma interior que ha emprendido, desarrolla un profundo sentimiento de su dignidad como á Jefe de la Iglesia, de sus derechos como á Soberano, manifestándose igualmente decidido á sostenerlos dentro y fuera de sus Estados.

«Confiamos que hallará en todos los Gobiernos europeos el respeto y el apoyo que le son debidos; y el Gobierno del Rey, por lo que le atañe, se apresurará siempre á secundarle segun el modo y las medidas que se determinen, y de cuya conveniencia el Papa es el mismo juez.

«Los ejemplos augustos del Pontífice, y la conducta inteligente de sus súbditos, ejercerán sin duda en Italia saludable influencia en los príncipes y en los pueblos, y contribuirán poderosamente á contener en los límites del derecho incontestable y del éxito posible el movimiento que en ella se manifiesta. Este es el único medio de asegurar los buenos resultados, y de prevenir grandes males y amargas decepciones. Este será siempre el criterio de la política del Gobierno del Rey.»

Tan glorioso juicio y decidida proteccion mereció del Gobierno francés la noble conducta de Pio IX; la parte sana de la diplomacia europea veia garantido el progreso y la justicia del Gobierno del Papa; los recelos nacia del carácter voluble, y bien podemos decir inflamable, de las masas.

Un cronista de la vida de Pio IX resume en las siguientes líneas el carácter y la trascendencia de las tareas realizadas por el mismo en 1847:

«Este último acto, dice,—esto es, el de la organizacion del Consejo de Ministros y cuerpo de auditores,—monumento de sabiduría y fruto de serias meditaciones inspiradas por la oracion, coronó completamente el año de 1847, ¡aquel año tan bello, tan productivo, tan bien empleado por parte del Soberano del Estado, Jefe visible de la Iglesia! Durante este año, segundo de su pontificado, no se desmintió un solo dia el carácter del sucesor de Gregorio XVI. Si examinamos sus actos desde el decreto de la amnistía hasta el *motu proprio* del Consejo de Ministros, los encontraremos marcados con el mismo lenguaje é igual espíritu. En cada uno de ellos el Papa se revela tal cual es: su palabra se hace en algun modo eco de su alma; soberano paternal, repugnan á la bondad de su corazon los medios violentos; si se ve obligado á castigar, lo hace cual padre de familia; si considera la represion como un deber, la templea con la misericordia, que mira como el mas dulce atributo de su autoridad. Príncipe piadosamente liberal, superior á las alarmas, á los ruegos, á las intimidaciones de los unos, á las caricias, á la lisonja y á las ovaciones de los otros, no cede nada á la violencia, otorga voluntariamente todo cuanto le parece equitativo, legítimo é indispensable, á tenor de las necesidades de la época. Al propio tiempo que la ternura de su corazon llena de beneficios á su pueblo, su vigorosa mano, sostenida por el brazo de Dios, aparta hasta mas allá de los mares la frontera moral del Catolicismo, que los destructores del órden social llamaban el asilo cerrado de las ideas muertas. Haciendo brillar con un resplandor inmenso las condiciones de su vida y de sus manifestaciones, probó de esta suerte que la Iglesia es constantemente el centro vivo de la civilizacion humana. Á los enemigos del Cristianismo, que pretenden que la esclavitud, las tinieblas y el embrutecimiento están adheridos de un modo inevitable al poder teocrático, contestó llenando al mundo con el eco de su nombre, é iluminándolo con los rayos de su mision divina.

«Todos sus actos llevan el sello de la mansedumbre, de la fuerza y de la piedad; y á pesar de la alabanza y de la amenaza, no obra mas que segun su conciencia y su amor hácia el pueblo. En la serenidad de su alma, lo hace todo por la justicia que le guia, nada por la popularidad...»

No es extraño, pues, que á pesar de los ocultos manejos, Roma, Italia y el mundo todo concluyeran aquel año de bendiciones sobreponiendo el himno de la glorificación á Pro IX sobre todos los cantos y sobre todos los himnos.

Las sociedades secretas no habian conseguido todavía contaminar la opinion pública.

Pro IX continuaba siendo Rey de los corazones además de ser Rey de sus Estados.

CAPÍTULO XVIII.

REVOLUCION DE 1848.

BAJO tristes auspicios se inauguró el año 1848. La atmósfera cargada de pasiones empezó á despedir las primeras exhalaciones amenazadoras. ¡Cosa particular! hasta en los peligrosos y siniestros arranques del pueblo romano destacábase y brillaba el sentimiento que diez y ocho meses hacia dominaba la vida pública, siendo el móvil de todos los actos y el esplendor de todas las solemnidades.

Pio IX era el objeto que embelesaba á aquel pueblo sensible y susceptible; empero lo embelesaba de tal manera, que sin sus elogios ningun orador parecia elocuente, sin su nombre nada era completo, sin su amor nada era satisfactorio. Todos los corazones le amaban, todos los labios le aclamaban, todas las artes le glorificaban. Tal intimidad existia ya entre Pio IX y el pueblo, que este atribuia á extraños manejos cuanto aquel disponia en aras del bien público, empero con disgusto de las pasiones calenturientas.

El Papa, en vista de los desmanes promovidos en favor de la Suiza protestante, habia decretado reglas restrictivas de las manifestaciones populares; pues bien, esto no agradaba al pueblo, y esto no era atribuido al Pontífice, sino á la mano oculta que le dirigia y movia, segun ellos. El Papa, para no dar ocasion á escenas de cierta especie, habia determinado abstenerse por algunos dias de aparecer en público; el pueblo no sabe concebir que Pio IX se prive voluntariamente de dejarse ver de los suyos, y atribuye su ausencia á intrigas de sus adversarios.

En la noche del 31 de diciembre de 1847 los caudillos del movimiento revolucionario empezaron á esparcir el rumor de que Pio IX se hallaba arrestado en el Quirinal.

Roma entera se alarma, el pueblo se lanza á la calle, y como cuatro tor-

rentes impetuosos inunda el *Monte Cavallo*; ¿cuál es el grito de la muchedumbre? No otro que el de la libertad del Papa. ¡Queremos ver á Pio IX! exclama el pueblo.

Las masas redoblan sus aclamaciones en ademán de forzar la guardia del palacio, penetrar en sus habitaciones, y rescatar al que llamaban entonces *el augusto cautivo*. Empero la guardia suiza cumple con su deber, cierra las puertas del palacio y despeja sus frentes, evitando un tumulto en aquellas habitaciones, asilo del que es la clave de la paz del mundo.

El príncipe Corsini, primer senador de Roma, representante legítimo de la opinion de la santa Ciudad, informado de las disposiciones del pueblo y de la efervescencia de las pasiones hábilmente explotadas, presentóse en el Quirinal á suplicar al Padre Santo se dignara dejarse ver del público, para certificar con su presencia su omnimoda libertad de accion. Su Santidad accedió á la súplica del príncipe Corsini; el anuncio de que á la mañana siguiente el Papa se presentaria á su pueblo llevó el alborozo á todos los ánimos.

¡Cómo se amaban Soberano y súbditos!

En efecto, el paseo anunciado se realizó; nunca emperador alguno al entrar en la Roma antigua, enriquecido con los despojos de las mas célebres batallas, fue tan aclamado. No puede concebirse frase alguna cariñosa que no fuera aplicada á Pio IX en aquella tarde memorable.

El pueblo volvía á encontrar al padre que creía habia perdido; y le demostraba el horror que le causara la sospecha de su pérdida y el júbilo á que le transportara el convencimiento de su engaño.

«¡Bienvenido sea el Papa que se escondia!» clamaban una parte de las turbas; «Padre Santo, decian otros, que pronto volvamos á verte.»

Pio IX no llevaba otra escolta que cuatro guardias nobles para abrirle paso entre la multitud que se apiñaba para verle mas de cerca.

El paseo habia sido un gran triunfo; ninguna nube se habia asomado en el limpio cielo de los espíritus, inundado por la claridad del rostro de todos querido.

El cortejo se hallaba en la confluencia del Corso y de la via Condotti, cuando súbitamente aparece una oleada de populacho, profiriendo desentonados vítores á Pio IX, alternados con gritos de «Abajo el Gobernador, abajo Savelli, fuera los Jesuitas, muerte á los retrógrados.»

En medio de aquel deshecho huracan dispárase como una saeta Ciceriacchio, el héroe de todos los tumultos, y asaltando el coche pontificio, desenvuelve un tarjeton con un lema escrito, que profiere con estentórea voz: «*Valor, Padre Santo, el pueblo está á vuestro lado.*»

La brusca forma de aquella presentacion, el tinte avinagrado de los que se ofrecian al Papa como sosten y coluna, la conmocion general por aquella espantosa escena producida, sorprendieron á Su Santidad, cuyas fuerzas debilitadas le faltaron por completo, sumergiéndose en un desmayo alarmante.

El desvanecimiento del Papa fue objeto de muchos y encontrados comentarios: los partidarios de la revolucion pretendian que el corazon del Papa no habia podido permanecer sereno ante tan extraordinarias manifestaciones de ternura; los de contrarias opiniones eran de parecer que el arrojado de la pandilla capitaneada por Ciceriacchio le habia infundido un espanto tal que le sumió en un deliquio.

La explicacion del espanto nos parece mas natural; la presencia de un hom-

bre como el brusco tribuno, el asalto de su coche por el jefe de indisciplinadas turbas, nada podia tener de tierno, y mucho de alarmante.

Á la mañana siguiente el *Diario oficial de Roma* expresó la profunda gratitud con que el Padre Santo habia recibido las muestras de aprecio de sus vasallos, recordando al mismo tiempo la necesidad de evitar que tamañas expansiones degeneraran en inconveniencias políticas y sociales.

El Gobierno creia llegado el momento de que cesara la extraordinaria expresion del afecto popular, por lo mismo que Pio IX estaba ya cierto de que reinaba, por el cetro del amor, en el corazon de todos.

No convenia esto á los que contaban con la agitacion permanente para llevar adelante su programa de anarquía. Habíase ya constituido un poder secreto frente á frente del poder público; la demagogia estaba estrictamente organizada y disciplinada; sus órdenes misteriosas contrapesaban los decretos superiores; así es que, no obstante las disposiciones prohibitivas del Gobierno, los agitadores organizaron una manifestacion para alcanzar de Su Santidad la formacion de *un ejército y de un ministerio laico*.

La siguiente proclama, fechada en Santa María la Mayor el dia 10 de febrero del mismo 1848, fue la respuesta dada á aquellas importunas exigencias:

«¡ Romanos!

«El Pontífice, que por el espacio de casi dos años ha recibido de vosotros tantas demostraciones de amor y de fidelidad, no es sordo á vuestros temores ni á vuestros deseos. No cesamos de discurrir por qué medios podemos, sin faltar á nuestros deberes con la Iglesia, extender y perfeccionar las instituciones que os hemos otorgado voluntaria y espontáneamente; empero únicamente inspirados por nuestro ardiente deseo de dar la dicha á nuestro pueblo y por la estimacion en que tenemos sus nobles cualidades.

«Habíamos pensado en la organizacion de la milicia antes que la voz pública la reclamara, y hemos buscado cómo procuraros del exterior el concurso de oficiales, cuya experiencia militar pueda auxiliar la buena voluntad de los que sirven al Gobierno pontificio de una manera tan honrosa. Para ensanchar la esfera á los que por la experiencia y el conocimiento de los negocios pueden concurrir á las mejoras, ya habíamos pensado dar una participacion mas lata al elemento laical en nuestro Consejo de Ministros. Si el acuerdo de los príncipes, de quienes la Italia ha recibido las reformas, es una garantía de estos beneficios recibidos con tanto júbilo y reconocimiento, contribuiremos por nuestra parte á conservar y estrechar las relaciones de la mas sincera amistad y benevolencia.

«Nada, ó romanos y súbditos de la Santa Sede, nada de cuanto pueda contribuir á la tranquilidad y al honor del Estado lo olvidará vuestro Padre y vuestro Soberano, de quien habeis recibido y todavía recibiréis tantas pruebas de su paternal solicitud, si llega á obtener del cielo que Dios infunda en los corazones italianos el espíritu de paz y de sabiduría. En caso contrario, resistirá, con el auxilio de las mismas instituciones que ha dado, á todo movimiento de desórden, á toda peticion contraria á sus deberes y á vuestro bienestar.

«¡ Romanos! escuchad la voz consoladora de vuestro padre, y cerrad los oídos á esos gritos que salen de *bocas desconocidas*, y que tienden á agitar los pueblos de la Italia por medio del temor de una guerra extranjera. Los hom-

bres que lanzan tales gritos os engañan; quieren arrastraros por medio del terror á buscar la salvacion en el desórden; desean confundir por el tumulto los consejos de los que gobiernan, y con tal confusion, dar un verdadero pretexto á una guerra que, si no le damos motivos, será imposible contra nosotros. ¿Á qué peligros, os pregunto, puede estar expuesta la Italia, mientras que un lazo de gratitud y de confianza *purificado de toda mezcla de violencia* unirá la fuerza de los pueblos á la sabiduría de los príncipes, á la santidad del derecho?

«Nos, sobre todo, Jefe de la santísima Iglesia católica, ¿creeis que si fuésemos injustamente atacados, no veríamos acudir á nuestra defensa una multitud inmensa de hijos, que vendrian á proteger la casa paterna, el centro de la unidad católica? ¿Qué don tan magnífico, entre tantos otros como ha dispensado el cielo á nuestro país, no es el de que nuestros tres millones de súbditos posean, entre los pueblos de todas las naciones y entre todos los idiomas de la tierra, doscientos millones de hermanos! En otros tiempos bien diversos, cuando la caída del imperio romano, la unidad católica fue el áncora de salvacion que preservó de la ruina á Roma, y á la Italia misma; y ahora será nuestra mas segura garantía mientras que en su centro resida la Sede apostólica.

«Á este fin, ¡oh gran Dios! ¡benedicid la Italia y conservadle el mas precioso de todos los dones, la fe! ¡Benedicidla con aquella bendicion que implora humildemente vuestro Vicario con la frente inclinada! ¡Benedicidla con aquella bendicion que imploran por la misma Italia los Santos de quienes fue cuna, la Reina de los Santos que la protege, los Apóstoles cuyas reliquias conserva, y vuestro Hijo, hecho hombre, que ha querido que esta Roma fuese residencia de su representante en la tierra.»

¡Elevadísimo lenguaje, que de mas atractivo no lo ha oido patria alguna, desde que JESUCRISTO enseñó á las almas generosas el estilo que se habia de usar al dirigir la palabra á una patria noble! El acento que oyó Jerusalem en un día solemne para ella, lo oyó en aquel día Roma, cuya poblacion verdadera lloró conmovida de ternura. «¡Mirad cómo nos ama!» esta era la frase que salia de todos los labios.

Los ocultos adversarios no se atrevieron á manifestar al público las verdaderas impresiones que les produjera su lectura; ellos se contentaban con repetir con énfasis estas palabras: «¡Oh gran Dios! benedicid la Italia.»

«Ha benedecido la Italia, decian; luego la causa italiana es una causa santa.»

Empero habia dos Italias, y por lo tanto dos causas italianas; la Italia sensata, ordenada, digna, consecuente con sus tradiciones, amante del progreso que tiene por punto de partida la fe, y aspirando á la civilizacion animada por el espíritu religioso; y la Italia turbulenta, reñida con su historia y con sus destinos, que habia jurado la ruina de sus grandezas y el triunfo de sus pasiones mezquinas; la Italia que queria ser el foco del incendio universal, como la otra Italia aspiraba á ser el centro de la universal evangelizacion. Una Italia que queria reconstruir lo que las tempestades habian arruinado, y otra Italia que se habia propuesto arruinar lo que de las anteriores destrucciones permanecia ileso.

El sentimiento de dignidad é independencian cabia legítimamente en la Italia creyente y honrada. Pro IX obraba á impulsos de este doble sentimiento

patriótico, santificado por la Religión misma, porque á cada uno de los pueblos, como á cada uno de los hombres, Dios les dirige esta expresion santa: *Esto vir.*

La Italia dependiente ora del Austria, ora de Francia, era una nacion que estaba dando perenne testimonio de que le faltaban las virtudes esenciales á la vida propia de los pueblos. Crear las virtudes cívicas era preparar la independencia nacional. Pio IX, como á Soberano de Italia, aspiraba á la independencia nacional por vias legítimas, por procedimientos morales. Y si se le hubiera secundado, alcanzara la Italia por la paz y la virtud lo que por el atropello y la injusticia no llegará á consolidar jamás la política desmoralizada.

Estas consideraciones definen el espíritu de la bendicion dada por Pio IX á la Italia; no solo á la Italia religiosa, sino tambien á la Italia política.

Sin embargo, el equivocado sentido que á estas palabras se atribuia encrepaba las olas revolucionarias. Presentíase algo de grave, cuyo gérmen estaba en la atmósfera. Temíase que el Papa no podria dominar el conjunto de siniestras circunstancias, y que, desbordándose las pasiones, darian en tierra con todo principio de gobierno.

El Soberano quiso asegurarse de la confianza y cooperacion de la guardia cívica; á este efecto convocó á los catorce jefes de sus batallones, y les dijo:

«Os he llamado para preguntaros si puedo contar con vuestra decision y con vuestra fidelidad en las complicaciones próximamente posibles.

—Contad, respondieron unánimes, contad, Beatísimo Padre, con nuestro sacrificio personal; os pertenecemos con toda nuestra alma.

—No me basta esto, replicó; es preciso saber si los cuerpos que mandais están identificados con vuestro espíritu.»

Los comandantes no contestaron. Aquel silencio solemne heló el esforzado corazon del Papa que, lanzando un profundo suspiro, exclamó: «Ya lo preveía.»

Mas luego, encontrando su impasible serenidad y el valor que le es innato, dijo con imponente firmeza:

«Señores: las circunstancias en que nos hallamos son tan apremiantes, se presentan y suceden con tanta rapidez los acontecimientos, que es indispensable apelar á la lealtad de la guardia cívica. Á ella confío mi persona, el sacro Colegio, la vida y fortuna de mis súbditos, los gloriosos monumentos de esta ciudad, el sosten del orden y de la tranquilidad pública. No es posible á un soberano dar mayor prueba de confianza á sus súbditos de la que con estas palabras otorgo á los míos.

«He encargado á una comision que reuniese todas las disposiciones que he decretado para armonizar las reformas necesarias y adaptadas á las necesidades del tiempo.

«Aumentaré el número de los miembros de la Consulta de Estado, y daré mayor importancia y extension á sus atribuciones. Lo que yo conceda se conservará. Si los que debian apoyarme, y cuyo auxilio solicité, no me hubiesen impuesto condiciones, hubiera ido todavía mas adelante.

«¡Empero aceptar yo condiciones!!! No, jamás, de nadie; entendedlo bien, de nadie, jamás. Jamás se dirá en verdad que un Papa haya aceptado condiciones contrarias á las leyes de la Iglesia y á los principios de la Religión.

«Si alguna vez, lo que Dios no permita, quisiera alguno forzarme en mis derechos y violentar mi voluntad soberana; si me viera abandonado de aque-

llos á quienes tanto amé, y para cuyo bien lo he hecho todo, entonces me arrojaré exclusivamente en brazos de la divina Providencia.

«Guárdense los buenos ciudadanos de los hombres de intenciones perversas que, bajo pretextos fútiles, quieren subvertir el orden público y llegar entre ruinas á poseer lo de los demás.

«La Constitucion no es un nombre nuevo en este país. Los Estados que hoy la poseen la copiaron de nosotros. Nosotros hemos tenido la Cámara de los pares en el sacro Colegio, en la época de nuestro predecesor Sixto V.

«Ahora id, y que el cielo os ayude como á mí.»

Este discurso es un modelo de dignidad y de firmeza, de mansedumbre y de prudencia. Al leerlo parece que se ve brillar reaparecido el genio indisputable de Napoleon I. El gran papa y el gran político se revelan en esta expresion férrea de un ánimo inquebrantable, de una dignidad inabdicable. El rey y el sacerdote se ostentan en la doble cúspide del poder y de la virtud; y despues de saboreadas estas palabras, es preciso exclamar: El espíritu que esto dicta es inmortal; la victoria moral del mundo le es indefectible.

Aquella entrevista tenia lugar á las cuatro de la tarde del dia 12 de febrero; por la noche cuarenta mil hombres á banderas desplegadas se reunieron en la plaza del Quirinal aclamando á Pio IX.

El Papa apareció en el balcon; la muchedumbre se sumergió en el silencio. Doscientas antorchas se agitaban sobre aquel océano de cabezas que, al aparecer la simpática figura del Pastor, se descubrieron simultáneamente.

En medio de aquel silencio sepulcral, y mientras que los brazos de Pio IX se levantaban para bendecir á su pueblo, una voz, una sola voz, empero una voz de bronce, dejó oír esta palabra turbulenta: *No queremos clérigos en el Gobierno.*

El Papa bajó los brazos y dijo: «Antes que la bendicion del cielo descienda sobre vosotros, sobre los Estados romanos, y, lo repito, sobre toda la Italia, os encarezco la union, la concordia, y deseo que vuestras peticiones no sean contrarias á la dignidad de la Santa Silla.

«Ciertos gritos que no salen, no, de mi pueblo, son proferidos por algunos sujetos extraños y desconocidos. No puedo, no debo, no quiero oírlos: *Non posso, non debbo, no voglio.*

«Así, pues, prometed ser fieles al Pontificado y á la Iglesia.»

Á estas palabras la muchedumbre electrizada exclamó:

«Sí, sí, prometemos. ¡Lo juramos!!!»

«Bajo esta promesa, prosiguió el Papa, ruego á Dios que se digne bendeciros, como yo mismo os bendigo con toda la efusion de mi alma. No olvideis esta promesa, sed fieles á ella.»

Pio IX se retiró; el pueblo lloraba como un niño: *¡Qué Papa!* exclamaban las turbas. *No es un hombre, es un Angel,* decian otros. *Hé ahí el amigo verdadero de Italia,* repetian los de mas allá.

El dia siguiente el Papa aconsejó al cardenal Riario Sforza, á Savelli y á Rasconni, eclesiásticos, presentaran su dimision para dar mas preponderancia al elemento láico en el Gobierno. En su lugar nombró al conde Pasolini ministro de Comercio y agricultura, á Francisco Sturbinetti ministro de Obras públicas, y al principe Teano ministro de Policía.

En aquellos dias empezaron á usarse insignias tricolores, como una manifestacion pacífica de deseos constitucionales. En las cintas de los sombreros,

en los ojales de los fracs y chalecos, sobre los uniformes militares se ostentaban los significativos colores.

El movimiento constitucional se propagaba por toda la Italia. Los soberanos no podían resistir el impulso que partía del Quirinal; el pacto del Pontificado y del pueblo daba á la política un carácter inexplicable.

El severo rey de Nápoles había proclamado la Constitución el día 29 de enero de aquel mismo año; Turin la había otorgado á los 4 de febrero, y once días después Florencia.

Las noticias del movimiento de aquellos pueblos, que entraban de improviso en la nueva senda, aumentaba la agitación de Roma. Cada nueva conquista tenía eco en el Capitolio; el pueblo romano, que había tomado la iniciativa, aspiraba á ver cuanto antes coronada su obra.

Al cesar las tareas cotidianas el pueblo espontáneamente se congregaba en las plazas públicas para oír de los labios de ardientes tribunos las reseñas de las victorias de la libertad.

Florencia y Palermo, Nápoles y Turin eran victoreados.

Á los piés del Capitolio reunióse en una noche una multitud inmensa. El Senado romano iluminó la fachada de su célebre alcázar como en las épocas más esplendorosas de los antiguos triunfos.

En la inmensa plaza que precede al soberbio Capitolio se levanta la colosal y ecuestre estatua de Marco Aurelio; un hombre arrojado, de frente siniestra, ojos chispeantes, desgredados cabellos, desencajado rostro, monta atrevido sobre el caballo de bronce, y agitando la bandera tricolor, lanza como un trueno este grito: *¡Viva Pro IX solo!*

La muchedumbre lo repite.

«¡Viva la Constitución!» vuelve á exclamar.

Y muchos repiten el ¡Viva! Otros, descubriendo ya el fondo de las intenciones, vacilan y murmuran.

Empero el grito está dado.

El tribuno desciende, y bandera desplegada, seguido de inmenso cortejo, se dirige á recorrer las calles principales de Roma.

Los edificios públicos, incluidas las embajadas, han sido iluminados también.

Al pasar el cortejo por debajo de las ventanas del palacio de Austria, la multitud enmudece, las antorchas se inclinan al suelo, y las miradas enojosas de los transeuntes se clavan como saetas en la fachada.

Frente á la iglesia del *Gesu* oyense algunos gritos de animadversión contra los Padres de la Compañía.

El día 20 de febrero Pro IX quiso revistar á la guardia cívica.

Las filas de la guardia nacional se presentaron en toda su brillantez; su marcialidad le daba el aspecto de un verdadero ejército.

El Papa quedó agradablemente sorprendido de ver el imponderable orden y disciplina de aquellos regimientos improvisados.

Después de la revista, colocándose Su Santidad en un punto desde el que pudieran todos oír su voz, les dirigió la siguiente proclama:

«No puedo menos de manifestaros mi íntima complacencia al ver el admirable aspecto que presenta esta fuerza conservadora de la paz y del orden. Vosotros sois los enemigos de la anarquía y los sostenedores de la Santa Silla y del Soberano Pontífice.

«¡Oh Dios mio! ¡benedicid estos cuerpos! ¡conservadlos fieles á vuestra Iglesia! que los oídos de estos soldados permanezcan cerrados constantemente á las insidiosas voces de los pocos que se esfuerzan en impedir el bien. Benedicidlos con sus dignos jefes, para que continúen dirigiéndolos por el camino del honor y de la fidelidad; que vuestras bendiciones, Señor, se extiendan también sobre sus familias, que forman una gran parte del pueblo romano.»

Al concluir esta proclama levantóse en toda la línea un grito cerrado de: *¡Viva Pio IX! ¡Viva para siempre!*

Instantáneamente los cascos de todos los guerreros se elevan sobre las bayonetas; el pueblo se descubre como los soldados, la muchedumbre se arrodilla, y una nueva bendición papal desciende sobre Roma.

Esta vez; como todas, había bastado la presencia y la palabra de Pio IX para devolver la confianza á los ánimos conturbados y á los espíritus tímidos.

Empero estaba escrito que todas las complicaciones y todas las crisis debían conjurarse para sembrar de obstáculos la generosa política del invicto Pontífice.

Á las conmociones trascendentales de la Suiza, á las desconfianzas peligrosas del Austria vino á agregarse la explosión de la revolución francesa.

Mientras Mr. Guizot daba consejos de prudente política á Pio IX para evitar su caída, ignoraba que tenía minado el suelo en que descansaba su autoridad; el astuto diplomático, que se interesaba para que no vacilara el trono de Gregorio XVI, no advertía las primeras oscilaciones del trono de los Orleans. La monarquía de Luis Felipe no tenía derecho á la paz, porque se hallaba fundada sobre la guerra.

El pueblo se cansó un día de ella, y no la encontró sujeta á las reglas de justicia que ella recordaba á los demás gobiernos. Llamábase hija de la libertad; empero la Francia, sin disputarle su prosapia, no quería concederle que siendo hija de la libertad fuese consecuente y fiel á su materno linaje.

Siempre se ha visto lo mismo. Los poderes que se glorian de haber nacido de la libertad mueren llevando escrito en la frente el crimen de la tiranía. La usurpación rara vez se presenta con el carácter maternal.

El Gobierno de los Orleans llegó á hacerse insoportable á la Francia. Cuando se convierte el vocabulario de los derechos en una pantalla para cubrir la avaricia del arbitrarismo, los pueblos se indignan, y los soberanos no saben qué contestar á la intima que les dirigen las muchedumbres.

El rey que es rey en virtud y gracia de un motin, debe resignarse á abdicar el cetro en manos del primer motin que le dice: abdica.

Luis Felipe cayó con una facilidad espantosa. La revolución no hizo más que cambiar el aire de la marcha; la marcha para el extranjero sustituyó á la marcha real, y hé ahí todo.

Los pueblos se han aventajado en la industria de hacer reyes; por lo que, teniendo tan á mano fabricar sienes capaces de ceñir corona, ó constituir Gobiernos capaces de vivir sin reyes, se preocupan poco de las cuestiones capitales de la política.

Francia se constituyó en república. El tránsito fue una especie de fiesta sombreada por un puñado de víctimas.

No es todavía hora de describir el carácter y el espíritu de la república francesa de 1848.

Empero el nombre de república, con que se instaló el Gobierno francés so-

bre las ruinas de la monarquía orleanista, fue una verdadera complicación para la política romana.

Las noticias de los acontecimientos de París produjeron en Roma el efecto presumible, si bien, á decir verdad, creemos que hubiera sido mas desastroso el efecto de aquel notable cambio, á haber habido al frente de los Estados pontificios un soberano menos querido y á la vez menos prevenido que Pio IX.

El 5 de marzo fue día de verdadero peligro.

Los ardientes demagogos, que tenían su cuartel general en el café de las *Bellas artes*, organizaron una manifestación extraordinaria. El punto objetivo fue el palacio Mignatelli, donde se hallaba constituido el círculo de los franceses residentes en Roma. Los gritos de «Viva la república francesa» atronaron los oídos de los allí cobijados, muchos de los cuales luchaban entre el sentimiento de esperanza y el sentimiento de temor que en ellos suscitaba la mas impensada nueva.

No guardaba la Francia recuerdos muy halagüeños de anteriores repúblicas para entregarse á incalculadas manifestaciones de regocijo.

Empero los romanos exigían de los franceses el tributo del alborozo. Penetrando en su círculo, ofrecióse una escena de abrazos, en los que quizá se ahogaba mas de un triste presentimiento y de una proyectada protesta.

Á la mañana siguiente la colonia francesa deliberó si se estaba en el caso de devolver con una demostración pública á los adherentes al café de las *Bellas artes* el testimonio de ellos recibido. Doscientos votos contra ciento noventa y cinco resolvieron limitarse á enviar una atenta carta de agradecimiento.

La actitud pasiva de los franceses contrariaba los planes de los calenturientos romanos, los que decidieron á toda costa obtener un hecho ruidoso y característico. Convocaron una muchedumbre de franceses de quinta línea, que reclamaron fuese quitado el pabellon de julio que flotaba en el palacio de la embajada francesa.

Habia á la sazón en Roma un hombre glorificado por un nombre histórico de valía, el conde de Rampon, el cual, sabedor de la trama que venía urdiéndose, se presentó en el palacio de Francia pidiendo con urgencia por el embajador.

—Os es imposible verle, se le contestó.

—Id, y decidle de mi parte que llevo un negocio urgentísimo, replicó el Conde.

—No puedo acceder á vuestra súplica, le respondió el criado.

—En este caso, insistió el Conde, estad seguro que, aunque sea rompiendo puertas, yo entraré; en el ínterin tened entendido que os hago responsable en nombre de la Francia de cada minuto que pierda yo en la antesala.

Al ver tan inusitada decisión el criado puso en conocimiento del Embajador la pretensión del Conde, el que no hay que decir franqueó la puerta á su compatriota.

Era embajador de Francia el conde de Rossi, hombre de un temple de espíritu extraordinario y de raras cualidades; al oír lo que el de Rampon le refería, «¡esto es horrible! exclamó furioso. ¿Y son franceses los que se proponen profanar las armas de la Francia? ¿Ignoran que el pabellon nacional es doblemente inviolable y sagrado en país extranjero? ¿Olvidan que el pabellon francés no puede caer sino teñido con la sangre de los que lo han recibido en depósito? En tal caso mi cuerpo servirá de muralla á las armas de la Francia;

antes pasarán por encima de mi cadáver, que lleguen á inferirle la mas mínima ofensa.»

—É igualmente por encima del mio, añadió el conde de Rampon. Empero, el tiempo urge, prosiguió este; en época de revolucion los minutos son horas; yo os propongo que para evitar un conflicto seguro y pronto reemplacéis la bandera de Luis Felipe por la de la República...

—Los colores son los mismos, dijo el Embajador.

—Empero las armas y la divisa son distintas; quitemos las de julio, y esta medida será suficiente.

—Es imposible, contestó Rossi; el Gobierno romano no consentirá nunca semejante sustitucion sin exámen.

—Probémoslo, dijo Rampon, vamos al Quirinal.

Ambos partieron. Quince minutos despues se hallaban á la presencia del cardenal Boffondi, ministro de Estado.

Era S. Ema. un hombre de maduro criterio, que sabia colocarse de un vuelo sobre las circunstancias para juzgarlas y dominarlas.

El Cardenal tomó la pluma y firmó inmediatamente la autorizacion.

En el entre tanto el pueblo romano se sentia empujado en el camino de nuevas reclamaciones. No se atrevia á pedir la república; lo que reclamaba era la constitucion de un *estatuto fundamental*.

El dia 6 de marzo la Municipalidad romana se presentó á Su Santidad, expresándole los votos ardientes del pueblo, que los hacia para obtener pronto un Gobierno representativo.

El Papa recibió aquella ilustre Corporacion con todas las deferencias imaginables, y con noble ingenuidad contestó á sus súplicas:

«Los acontecimientos que ya no se mudan, sino que se precipitan, justifican completamente la peticion que vos, señor senador, me dirigís en nombre del Concejo y de la magistratura de Roma. Nadie desconoce que sin cesar me ocupo en dar á mi Gobierno la forma mas adecuada á las exigencias actuales, así como á nadie pueden ocultarse las dificultades á que se ve expuesto el que, como yo, reúne en su persona dos grandes dignidades, para trazar la línea de demarcacion entre sus dos poderes. Lo que en un Gobierno secular es dado hacerlo en una noche, en el Gobierno pontificio exige maduro exámen.

«Me lisonjeo, no obstante, de que dentro pocos dias—pues se hallan ya terminados los trabajos preliminares—podré participaros un resultado que corresponderá á los deseos de todas las personas razonables.

«¡Bendiga Dios mis deseos y mis trabajos! Si de ellos saca ventajas la Religion, me arrojaré á los piés del Crucifijo para dar gracias al cielo de los acontecimientos que ha permitido, y mi satisfaccion será mayor como á jefe de la Iglesia universal que como á príncipe.»

Pro IX perseveraba, pues, constante en la línea política emprendida. Las tempestades sociales no habian conseguido anublar su alma, superior á todas las mezquindades. Habia emprendido la marcha impulsado por el testimonio de una conciencia intachable, é iba adelante.

Tres dias despues, para preparar los cambios que habia ya prometido, confió la administracion de los diferentes ramos de Gobierno á los sujetos siguientes:

Presidencia, el cardenal Antonelli.

Ministerio del Interior, conde Recchi.

Gracia y Justicia, Sturbinetti.
Hacienda, Mons. Morichini.
Obras públicas, Minghetti.
Guerra, príncipe Aldobrandini Borghese.
Instrucción pública, cardenal Mezzofanti.
Comercio, conde Pasolini.
Policía, Galetti.

No puede desconocerse la importancia de la mayor parte de los sujetos que constituían el Ministerio romano; aunque no todos fueron fieles á la causa pontificia, todos reunían cualidades de inteligencia y moderación indispensables en aquella peligrosa crisis.

No tardó en publicarse el *Estatuto fundamental*.

El día 14 de marzo fue anunciada al pueblo la nueva ley; y su noticia produjo, como era costumbre en aquellos tiempos, una nueva explosión de entusiasmo.

El Estatuto fundamental para el gobierno temporal de los Estados de la Iglesia fue acompañado de algunas consideraciones explicativas del móvil á que su otorgamiento había obedecido, y del espíritu del Soberano al concederlo.

«En las instituciones, decía el Papa, otorgadas por Nos á nuestros súbditos hasta aquí, hemos intentado reproducir algunas de nuestras instituciones antiguas, que fueron como el espejo de la prudencia de nuestros augustos predecesores, y que la marcha de los tiempos exige adaptar á las nuevas circunstancias para reproducir el majestuoso edificio de otros días.

«Procediendo de esta manera Nos habíamos establecido una representación consultiva de todas las provincias, que debía ayudar á nuestro Gobierno en los trabajos legislativos y en la administración del país, y Nos esperábamos que la bondad de los resultados hubiera justificado el ensayo que éramos los primeros en hacer en Italia.

«Mas, puesto que los príncipes nuestros vecinos han creído que los pueblos estaban maduros ya para recibir el beneficio de una representación, Nos no queremos tener á nuestro pueblo en menor estima, ni contar menos con su reconocimiento, no ya respecto á nuestra persona, para la que nada pedimos, sino con respecto á la Iglesia y á esta Silla apostólica, cuyos derechos supremos é inviolables nos ha concedido el Señor, y cuya sombra será para nuestros súbditos el manantial mas fecundo de bienes.

«...Y como en nuestra sagrada soberanía es imposible separar el interés temporal de la prosperidad interior, y el otro interés mas grave aun de la independencia política del Jefe de la Iglesia, por la cual se ha conservado la independencia de esta parte de Italia, no solamente nos reservamos para Nos y para nuestros sucesores la sanción suprema y la promulgación de todas las leyes, que serán deliberadas por los sobredichos Consejos, y el pleno ejercicio de la autoridad soberana sobre los puntos respecto á los que nada se disponga en el presente acto, sino que intentamos tambien sostener nuestra autoridad en todas las cosas relacionadas con la religion y moral católica.

«Nos debemos esta garantía á la cristiandad entera, á fin de que la libertad y los derechos de la Iglesia y de la Santa Silla no sufran menoscabo en los Estados de la Iglesia constituidos bajo de esta nueva forma, para que no se dé ejemplo ninguno que dé margen á violar la santidad de esta Religion que

Nos tenemos el deber y el precepto de predicar al universo, como el único símbolo que es de la alianza de Dios con los hombres, como la única prenda de la bendición celestial por la que viven los Estados y las naciones florecen.»

Hemos creído muy importante transmitir los períodos precedentes del preámbulo del *Estatuto fundamental* por las graves declaraciones que contiene. Revela el Padre Santo que á su juicio los pueblos italianos, susceptibles de muchas reformas, no se hallaban bastante dispuestos á recibir las atribuciones legislativas y la plenitud de los derechos constitucionales; empero que, puesto que los príncipes sus vecinos juzgaban que podían adelantarle en el camino de las concesiones que él había abierto, les seguía hasta el término, confiado en las excelentes cualidades y virtudes cívicas de los romanos.

El *Estatuto fundamental* era una obra de prudencia.

El sagrado Colegio de cardenales, electores del Pontífice, quedaba constituido el Senado inseparable de éste.

El Soberano Pontífice convocaba y prorogaba el alto Consejo y el Congreso de diputados, instituidos para discutir y votar las leyes.

Se reservaba el derecho de la disolución del Congreso de diputados.

Se reservaba la sanción de las leyes y su discusión en un consistorio secreto antes de sancionarlas.

Prohibía á los cuerpos legislativos el proponer ninguna ley relativa á negocios eclesiásticos ó mixtos, ó contrarios á los sagrados cánones, á la disciplina de la Iglesia, ó modificativos del *Estatuto fundamental*.

Vedaba toda discusión relativa á las relaciones diplomático-religiosas de la Santa Silla con el extranjero.

Confiando á las Cámaras la discusión del presupuesto nacional, declaraba «aprobada para siempre y sancionada en pleno derecho» una dotación anual de seiscientos mil duros, necesaria para el sosten del Soberano Pontífice, del sacro Colegio, de las Congregaciones eclesiásticas, para la subvención de la Congregación de Propaganda, para el ministerio de Relaciones exteriores, para el cuerpo diplomático de la Santa Silla y otros servicios indispensables.

La censura eclesiástica, establecida por las leyes canónicas, quedaba en pie hasta que el Pontífice, de su autoridad apostólica, proveyera nuevos reglamentos.

Respecto á la prensa en general, la censura preventiva quedaba reemplazada por la represiva.

Todo lo que demuestra el tino que puso el Padre Santo en no dejar vulnerables los principales puntos de la vida religiosa y moral de su pueblo, y del universo cristiano, que tiene en Roma su cátedra.

Empero Roma iba perdiendo su fisonomía patriarcal. Á ella se dirigían los turbulentos de la Italia y de las demás naciones; respirábase allí, en aquella atmósfera embalsamada por las virtudes de tantas almas religiosas, un aire de sofocante impiedad. Las prácticas de la devoción eran públicamente desdenadas, y el pueblo romano se maravillaba de verse alcázar de tantas muchedumbres sin fe, sin culto y sin Dios.

Á las edificantes peregrinaciones que al partir de todas las regiones del mundo decían: *Ascendamos á la casa de Dios*, sucedieron las peregrinaciones de los descreídos que partían al grito de: *Vamos á desalojar el fanatismo de su mas fuerte reducto*.

El Estatuto fundamental de Pro IX, ley buena como era, hubiera sin duda labrado la felicidad del pueblo romano, á no estar este completamente predominado por los hombres de espíritu y de sentimientos ajenos á la vida y al espíritu de Roma.

La ley buena se desvirtúa en malas manos.

Los descontentos por sistema no se dieron por satisfechos con el *Estatuto fundamental*; despreciando siempre las conquistas realizadas, daban relieve á la importancia de lo que deseaban conseguir.

El bello ideal del pueblo era todavía la lucha con el Austria.

Aprovechando la efervescencia causada por las noticias de las revoluciones, que cada día en diferentes países estallaban, el 21 de marzo el pueblo se reunió en la *Ripresa de Barberi*. El objeto era una demostracion colosal contra el imperio de Viena.

Los discursos mas descabellados fueron pronunciados allí, á la sombra misma de las armas imperiales, distintivo de las habitaciones que ocupaba el baron Bender, agregado á la embajada austríaca.

Derribado y pisoteado aquel escudo, los revolucionarios se trasladaron al palacio Pamphili para arrancar el escudo principal de la legacion. Las armas cayeron con estrépito á los golpes de la audaz hacha, mientras un lombardo, mas audaz que el cortante instrumento, enarbola en su tejado una bandera blanca, que tenia escritas en letras de oro estas palabras: *Alta Italia*.

El dardo era lanzado contra la mano imperial que sujetaba á Venecia.

Al grito de *Justicia al pueblo* el escudo imperial fue atado á la cola de un asno, paseado entre silbidos por las calles principales de Roma, y finalmente arrojado á una hoguera encendida *ex profeso* en la plaza del *Popolo*, mientras uno de los héroes de aquella escena exclamaba: «¡Ojalá pueda la cólera santa del pueblo devorar el último bárbaro, como este fuego va á consumir los vergonzosos emblemas de su poder, y veamos sus cenizas echadas al viento como pronto va á serlo el polvo de esta hoguera!»

El Gobierno pontificio no pudo hacer otra cosa que protestar contra aquel episodio selvático en un artículo inserto á la mañana siguiente en la *Gaceta de Roma*.

La moral habia sentido aflojarse todos sus vínculos; ya no habia allí autoridad sobre los espíritus; el edificio social socavado se sostenia como por un hilo misterioso.

Una nueva conmocion acabó de conmover el último resto del orden.

La revolucion estalló en Parma.

El Duque y toda su familia, que no habian tenido la prevision y el criterio de prevenir el golpe revolucionario que les amagaba, tampoco estuvieron dotados de la energía conveniente para encauzar el movimiento. Confundiendo la debilidad con la prudencia, dejaron á la rebelion el campo completamente libre. Las tropas fueron condenadas á la inaccion por orden del mismo Duque, lo que motivó que su arrogante hijo, lleno de noble desesperacion, se presentara á su padre, y arrancándose las charreteras exclamara: «Señor, esta es la segunda vez que transigís con la revolucion, que debiérais combatir.»

La expatriacion de la familia reinante fue el resultado de aquellos tristes acontecimientos.

La emancipacion de Parma, que así era llamada la rebeldía triunfante, fue saludada por Roma con los acostumbrados transportes.

De triunfo en triunfo la revolucion iba viendo realizarse minuciosamente su programa.

La independendencia general de Italia fue el lema que desembozadamente se escribia á la vista misma de la diplomacia europea, que acababa de protestar de su firme adhesion á los tratados en que se apoyaba el equilibrio confectionado en 1815.

El 20 de marzo hubo lugar una escena de las que imprimen carácter á los anales de un pueblo. Roma se dió cita para el Coliseo de Flavio. Es aquel uno de los lugares que mas enardecen la imaginacion viva de los habitantes de Roma.

Teatro de dos heroismos contradictorios, el Circo romano es un lugar santo para el creyente, por estar chupada su arena con la sangre de los defensores primitivos de la fe, y para el hombre indiferente á la Religion es no menos respetable, porque allí la fuerza centuplicada por el arte exhibió incomprendibles prodigios de valor.

Allí presenció el mundo dos géneros de estupenda humillacion: la humillacion de los esclavos, que hincando la rodilla ante el emperador que los sacrificaba: *Cæsar*, le decian, *morituri te salutant*; la humillacion del cristiano, que, inclinando ante la cruz su frente circuida por la auréola de la inmortalidad, elevaba al cielo, con el lenguaje del corazon inspirado, esta idea tan digna como humilde:

Fac ut portem Christi mortem,
Passionis fac consortem.

Pues bien, en aquel campo de glorias y recuerdos, en aquel colosal escenario de las heroicidades gentílicas y cristianas Roma se congregó para glorificar su libertad.

Allí acudieron las muchedumbres industriales y la plebe; allí infinitos individuos de los Seminarios y de las Órdenes religiosas; allí el hábito bendito se mezclaba en santa armonía con el uniforme militar. ¡Lástima que la buena fe de los caudillos no estuviera al nivel de la rectitud de intenciones de las masas!

Cuarenta mil personas encerraban ya los vetustos muros del colosal Circo, cuando de improviso sube al púlpito un sacerdote barnabita de arrogante presencia y decididas maneras. Vestido de negra túnica, cubierto con largo y anchuroso manto, adornado su pecho con la cruz tricolor, se presenta al pueblo, descubriendo su frente despejada y varonil.

Las turbas se aprestan á atender, y no se hace esperar la palabra del *sacro tribuno*. Con sonora voz y grave acento, «Hermanos, dice, ha sonado la hora de la libertad; ¡esta es la hora de la santa cruzada! ¡á las armas! ¡Dios lo quiere!

«En otro tiempo, cuando los pueblos del Occidente quisieron conquistar el sepulcro de Aquel que de la cruz del Gólgota hizo un pedestal á la libertad, enarbolando la cruz en su pecho y el estandarte de JESUCRISTO, lanzáronse al Oriente. ¡Su causa era justa! ¡su causa era santa!... Mas justa y mas santa es la nuestra: ¡á las armas! ¡Romanos! cien veces mas bárbaro el austríaco que el musulman, se halla á nuestras puertas; como los cruzados, engalanémonos el pecho con la cruz, y corramos contra el enemigo porque Dios lo quiere... ¡Seria indigno de llamarse romano el que en este tiempo, prefiriendo sus

afecciones y el interés privado al interés general, permaneciese cobardemente en su hogar doméstico! ¡Sería indigno de llamarse descendiente de los señores del mundo, heredero de los victoriosos héroes del Capitolio, el que rehusara vencer ó morir por la independencia de la Italia! ¡Sería indigna de llamarse romana y de dar hijos á la patria la mujer que retuviera en sus brazos á su prometido esposo! ¡No merecería ser madre, ó que fueran bendecidas sus fecundas entrañas, la que derramase lágrimas al partir su hijo! ¡No sería digna de ser considerada hija heroica de las matronas romanas la que cautivara con sus encantos el valor de su esposo llamado á los combates!

«Romanos, ¡vuestros antepasados conquistaron el mundo! ¿Quereis ser dignos de ellos? Responded.»

La muchedumbre contestó: «Sí, sí, queremos.»

«Romanos, ¿quereis romper las cadenas de la esclavitud y marchar impávidos á la conquista del mayor de los bienes, que es la gloria, la independencia y la libertad?

—Sí, sí, contestaron segunda vez, marchemos.

—Pues bien, hágase segun quereis; ¡á las armas! ¡romanos, adelante! ¡Dios lo quiere!»

Así habló el P. Gavazzi; aquel fue el dia de su solemne *debut*, y, á decir verdad, los aplausos no escasearon al autor.

Otra figura compareció luego en aquella improvisada tribuna.

Hé ahí cómo un testigo ocular de aquella escena describió el traje del segundo orador: «El sombrero de anchas alas; el sobretodo de paño verde oscuro, forrado de piel de carnero, echado con descuido sobre los hombros; las polainas, de piel encarnada y negra, abrochadas en la pierna por medio de hebillas de latón; la chupa, de terciopelo azul, apretada con un ancho cinturón tricolor; el chaleco encarnado; calzones cortos y grandes zapatos ferrados; así iba vestido el nuevo orador, llamado Rossi, y conocido en el país por el *Pastor-poeta*. Pálido su rostro, grandes y rasgados sus ojos llenos de vivacidad, largos y caídos sus cabellos, la armonía de sus facciones y la dulzura de su palabra imponía silencio.

«No soy orador ni sábio, exclamó: soy únicamente un pobre labrador que solo conozco la historia de mi país por las ruinas que cubren sus campos. Cada una de estas ruinas trae un recuerdo, cada recuerdo perpetúa un nombre, cada nombre es un foco de gloria, un monumento imperecedero consagrado al honor de la Italia.

«La Italia, he dicho; nombre querido, nombre escrito con las lágrimas de vuestros ojos: al oírlo pronunciar vuestra mano se dirige instintivamente á vuestra cintura en busca del acero de la resurrección.

«Hermanos, la Italia os aguarda tendida en el lecho de su dolor; ella os llama, porque sois sus hijos; vuestra madre, hijos de la Italia, os pide vuestra vida, y mas que vuestra vida, os pide la libertad.

«¡Vosotros podeis dársela! ¿Seréis insensibles á su llamamiento, hijos de la Italia?

«Responded.»

Y el pueblo respondió:

«No, jamás.

—¿Cerraríais los ojos para no ver sus lágrimas y los oídos para no escuchar su voz, hijos de la Italia?

—No, no, jamás; viva la Italia.»

Con hechizante elocuencia el orador evocó todas las pasiones de aquellas masas que se creían congregadas para transformarse en un gran pueblo.

Al Pastor-poeta sucedió en la tribuna Massi, un secretario del príncipe Canino. Con toda la lozania de la juventud y la riqueza de una dicción pródiga el tercer orador evocó las grandes figuras de la historia italiana.

Como si á su llamamiento ardiente resucitaran de sus sepulcros, uno tras otro aparecieron Dante, el Petrarca, el Tasso, Miguel Ángel, Rafael, el Perugoleso, Galileo, la corte de artistas y demás celebridades que honraron los siglos de la patria de los Pontífices.

Á Massi sucedió otro jóven sacerdote: «Acudo, dijo, al llamamiento de la patria; cuando esta se halla en peligro, el clérigo vuelve á ser hombre. Dejo hoy los hábitos de levita del Señor por el uniforme del soldado, el Crucifijo por el acero de las batallas, y los deposito al pié de los santos altares para tomarlos de nuevo el día de la libertad, en el supuesto de que Dios no me llame á sí antes del triunfo.

«Solo tengo una alma, y mi alma pertenece á Dios; solo poseo un corazón, y este pertenece á la Italia; dos brazos tengo, el uno será para combatir á los bárbaros, el otro para bendecir á los fieles que sucumban.

«Hermanos, ¡viva la Italia!»

Estas incisivas imágenes excitaron una fiebre de aplausos.

Luego apareció en escena el general Durando, y tras este un sacerdote francés llamado Estéban Dumaine. De rostro demacrado y enfermizo color, revelaba un espíritu robusto en un cuerpo débil. Su palabra calenturienta al salir de su pecho se ahogaba en los labios convulsos. «Yo vengo, dijo, á representar los sentimientos de la Francia libre, de esta hermana siempre adicta á la Italia; yo vengo á recordaros la fraternidad de ambos pueblos, tal cual la historia nos la presenta.» Lamennais y Gioberti, Ledru-Rollin y Mazzini, Lamartine y Sterbini se le presentan como tres gráficas parejas que significan la alianza y el mas íntimo consorcio de la Italia y de la Francia. «Por esto, decía, porque la suerte de ambos pueblos es idéntica, porque ambos no tienen sino un corazón, si París se mueve en febrero, en marzo se insurrecciona Milán. ¡Italianos, los franceses estamos en marcha, seguidnos!»

«Vamos,» exclamó el pueblo.

Con sorpresa unánime subió al *púlpito-tribuna* el general Ferrari; su alocucion fue helada, porque solo pareció llevarle allí una preocupacion económica; habló al pueblo de los alimentos que necesitaba y de la paga que exigía para guerrear. Mas el pueblo, desdeñando estas pequeñas cuestiones, clamó: «No queremos oro, sino hierro y pan.

—Una y otra cosa os será otorgada, replicó el General; el pan es el músculo de la guerra, el dinero es el nervio; ¿os contentaréis con 15 *bajocchi* diarios cada uno?

—¿Qué nos importa? replicó el pueblo; el oro á los esclavos, el acero á los hombres libres; aparte estas cuestiones, pan y acero nos bastan.

—Pues bien, ya que sois tan excelentes ciudadanos, continuó Ferrari, no tendréis sino 10 *bajocchi* diarios.»

La escena era degradante; Sterbini lo comprendió; lanzóse como una saeta al púlpito para reanimar el espíritu fastidiado por las minuciosidades del General. Sterbini apuntó la ballesta á los palacios y á los conventos. «En unos y

otros, dijo, reside la esplendidez y la opulencia; hirámosles en su fortuna á esas inutilidades de la especie humana.

«Á los hombres del pueblo corresponde el sacrificio de la sangre; á los privilegiados por el nacimiento el sacrificio de la riqueza; y pues que estos últimos, debilitados por la prosperidad, no son bastante hombres para guerrear por la patria con sus personas, costeen la lucha con sus bienes.

—Sí, sí, exclamó la muchedumbre, que paguen los ricos los combates de la Italia.

—Los pagarán, sí; y todavía será bello el espectáculo que daremos al mundo; la nobleza y el clero serán los banqueros de la guerra de la independencia italiana.»

En aquel momento el P. Gavazzi reapareció en la tribuna.

«¡Aguerridos romanos! gritó; los discursos que acabais de oír, los oradores que se han sucedido en este lugar, hoy mas sagrado que nunca (1), ¿han esclarecido vuestro corazón? ¿Veis la luz? ¿Estais convencidos de la necesidad de correr á las armas? ¿Sentís, con la fuerza del hombre que quiere hacerse libre, el valor fruto de las grandes acciones, y la voluntad que convierte á los débiles en invencibles?»

Las muchedumbres contestaron: «Sí, ya vemos claro.»

«Cumplid, pues, vuestro destino; apelemos á Dios y á su representante en la tierra, que cuanto antes os bendecirá como ha bendecido ya á la Italia.

«¡Romanos, desde hoy en adelante sois el verdadero pueblo rey!

«¡Viva el reinado del pueblo!»

«¡Viva, viva!» repitió el pueblo.

En aquel instante representóse allí una de las escenas mas conmovedoras que ha presenciado jamás una muchedumbre ya hechizada. Junto á la tribuna estaba en pié un hombre alto y robusto, teniendo á su lado un jóven de unos diez y siete años. Padre é hijo escuchaban la palabra que de la tribuna descendía, como poseidos de un embargante fervor. Transportado el espíritu de ambos á las regiones del porvenir, que desarrollaban en la imaginación de los oyentes, los electrizantes tribunos habian sabido expresar en la fisonomía y en la actitud la emoción de que se hallaban poseidos.

El P. Gavazzi suspende su peroración, como sorprendido de encontrar un fiel tan devoto de su palabra humana; pasea sus miradas por el rostro, por el traje, por la actitud del maduro espectador, y como cediendo á una inspiración inesperada, cambiando de voz y de tono: «Acércate, le dice, ¿quién eres?

— Soy el amigo del pueblo, contesta con decisión.

— ¿Cómo te llamas?

— Angelo Brunetti Ciceriacchio.

— ¿Á qué vienes?

— Á inspirarme en vuestras palabras.

— ¿Y luego?

— Á cumplir con mi deber.

— ¿Cuál es tu deber?

— Exterminar los bárbaros, y dar la libertad á mi patria.

— ¿Qué harás para conseguirlo?

(1) El P. Gavazzi llamó aquel lugar mas sagrado que nunca en aquella situación; sin embargo, aquel era el púlpito desde donde todos los viernes un Padre franciscano recordaba, y aun recuerda á los fieles, el sangriento drama de la pasión del *Hombre-Dios*, el Redentor, ya no de la Italia, sino de todos los pueblos, y sobre todo el Redentor de nuestras almas.

—Pelear, vencer ó morir.

—¿Quieres partir luego?

—Quiero que la Italia sea libre y partiré.

—Pues no partirás. Cada cual tiene su puesto señalado, y el tuyo está aquí, en Roma; en Roma, entiéndelo, que los tuyos confían á tu custodia.

—Entonces me quedaré, empero á condicion de entregaros mas que á mi mismo; recibid mi sangre; yo la ofrezco á la patria. »

Al decir esto Ciceriacchio tomó entre sus brazos á su jóven hijo, y arrojándolo en brazos del P. Gavazzi, «Este es mi hijo, exclamó, es decir, era mi hijo; ya no lo es, no tiene padre, solo tiene una madre, la Italia; yo lo entrego á su madre, personificada en vos en estos instantes. »

Gavazzi contemplando al hijo exclamó: «Bello es, él será digno de su padre.»

Preparada ó improvisada, es cierto que esta escena produjo un efecto incomparable. La ternura se habia posesionado de todos los corazones; el pueblo ya no vitoreaba, únicamente lloraba.

El P. Gavazzi, aprovechando aquellos momentos de misticismo patrio, terminó aquel grandioso y fecundo acto con estas arrebatadoras frases:

«¡Romanos!

«¿Veis estos sillares, estas columnas truncadas, estas antiguas ruinas, estos capiteles esparcidos? Son otras tantas mesas que la patria levanta delante de vosotros para recibir los nombres de los fuertes y de los valerosos. Estos nombres inscritos en el corazon de los italianos serán mas duraderos que si fueran grabados sobre páginas de mármol, de bronce ó de cobre. Ahora ¡oh romanos! ¡en pié! debajo la bóveda del cielo que nos envia los mas bellos rayos del sol, en presencia de Dios que nos ve y lee en nuestros corazones, en presencia de los hombres que nos escuchan, delante de esta cruz, simbólico emblema de la libertad, en esta tierra santificada por la sangre de los Santos y de los Mártires, juremos todos no volver á entrar en Roma hasta haber degollado el último de los bárbaros!»

Cuarenta mil manos se levantaron á un solo impulso hácia la cruz erigida en medio del Coliseo, en ademan de prestar el apetecido juramento.

Al ocuparse de lo acontecido en aquel dia un historiador imparcial exclama: «¡Jamás elocuencia alguna política tuvo mas hermosos movimientos! ¡Nunca hubo asamblea popular mas imponente! Empero á esta elocuencia le faltaba la primera de las condiciones, la verdad; del mismo modo que á la asamblea le faltaba la primera de las virtudes, la fe.»

De todos modos, aquel brillante testimonio de vida probó hasta la evidencia que aquel pueblo, dirigido y encaminado por un criterio ajeno á las pasiones desorganizadoras, era capaz de obrar prodigios políticos, y de conquistar con la fuerza moral un puesto digno en el congreso de las naciones.

Al salir del Coliseo la muchedumbre se dirigió al Quirinal. Todas las manifestaciones populares habian de terminar en Roma con una bendicion pontificia. La escena del anfiteatro de Flavio habia sido demasiado solemne para que le faltara la bendicion papal.

Extraña mezcolanza de actos y aspiraciones. ¡Pretender que acabara con una bendicion papal un acto en que se habian flecheado las mas bellas instituciones del Catolicismo, y en que de rechazo se habia herido á la misma mano que debia bendecir, revela indudablemente inconcebible ligereza!

El Papa, informado de las pretensiones de la muchedumbre, no quiso presentarse. «Ministro del Dios de paz, dijo, no debo bendecir las antorchas que pudieran incendiar á la Europa.»

El pueblo, irritado al oír la primera rotunda negativa de parte de Su Santidad, insistió en pedir la bendición. Un delegado de Su Santidad se presentó diciendo al pueblo: «El Papa se halla indispuerto, y en estos momentos no le es posible manifestarse.»

«Siendo así, contestó la multitud, bendiga las banderas que mañana han de conducirnos á la victoria.»

El delegado transmitió al Pontífice la expresión de los deseos del pueblo; y el Papa, dando una prueba casi increíble de incomparable amabilidad y dulzura, consintió en recibir una comisión de cinco personas.

Cuatro individuos, precedidos por el sargento Sopránzi, se presentaron á Su Santidad llevando una bandera con los colores pontificios.

El Papa, que estaba sentado en un gran sillón, se levantó para recibirlos, y con la paternal sonrisa que le caracteriza, «¿Con qué, hijos míos, les dijo, es cierto que mañana partís?»

—Sí, Beatísimo Padre, respondió en nombre de la comisión el sargento Sopránzi.

—¿Sabeis, replicó el Papa, sabeis á dónde vais?

—Á donde nos conduzcan nuestros jefes, Padre Santo.

—Está bien, amigos míos; empero será mejor que oigais de mis labios vuestro destino.

«Sabed que marchais únicamente para ir á proteger las fronteras de nuestros Estados. Guardaos bien de pasarlas; porque, si lo hiciérais, no solo faltaría á mis órdenes, si que también acarrearía á las tropas pontificias la responsabilidad de la agresión, que por ningún concepto puede corresponderles.

«Marchad, pues, hijos míos; solo á las fronteras; os lo repito, no más allá; tal es mi voluntad.»

El Papa bendijo en seguida la bandera, admitiendo á los cinco comisionados á que le besaran el pié.

Al salir del Quirinal la muchedumbre les recibió con ansiedad. ¿Qué os ha dicho el Padre Santo? les preguntaba.

Sopránzi, levantando la voz, dijo: «Nos ha recibido con familiaridad paternal; la sonrisa no se ha apartado ni un solo momento de sus hermosos labios; ha bendecido esta bandera, y en ella á todas nuestras banderas; nos ha bendecido á nosotros, y en nosotros á todos nuestros representados; una cosa nos ha encargado, y es, que fuésemos á la frontera; empero solo á la frontera; que defendiéramos nuestros Estados sin atacar los Estados ajenos.»

Al oír esto un grupo de arrojados se precipitó sobre Sopránzi diciéndole: «¡Desgraciado! ¿qué haces? ¿No ves que enfrias el calor de la juventud? ¿no ves que pondrás obstáculos á su marcha? ¿Qué piensas hacer con esta bandera?»

—Llevarla al Ministro de la Guerra, contestó.»

Más en seguida uno de los agitadores se lanzó sobre él, arrebatóle la bandera, y se encargó de llevarla triunfante por las calles, hasta depositarla en el Ministerio.

Á Sopránzi le rodearon algunas turbas, dándole á entender que su misión había terminado.

De lo escrito se infiere que las manos del Papa se conservaron limpias de la sangre derramada por la impremeditacion de los agitadores atolondrados.

Preciso es reconocer que la guerra al Austria era inmensamente popular. Gran número de jóvenes se alistaron para emprenderla.

Las tropas expedicionarias fueron revisadas en la plaza de San Pedro uno de los primeros dias de marzo, víspera de la marcha, por los generales Ferrari y Durando, acompañados del P. Gavazzi, que tomó el título de Gran capellan de la Independencia italiana.

Mientras los soldados partian para la frontera, y la Italia sentia hervir, cada dia con mas fuerza, el vapor de las pasiones nacionales, Pio IX escribió las siguientes líneas:

«Á los pueblos de Italia, salud y bendicion apostólica.

«Los acontecimientos que de dos meses á esta parte se han sucedido y encajado con tanta rapidez no son la obra de los hombres. ¡Desgraciado el que no escucha la voz de Dios en el viento que agita, abate y rompe los cedros y los cañaverales! ¡Desgraciado el orgullo humano, si atribuye á las faltas ó al mérito de cualquier hombre que sea esas maravillosas revoluciones, en vez de adorar en ellas los secretos designios de la Providencia, ya sea que se manifiesten por las vias de su justicia, ó por las de su misericordia; porque ella es la que tiene en sus manos todos los imperios de la tierra! Y Nos, á quien se ha dado la palabra para *interpretar la muda elocuencia de las obras de Dios*, no podemos permanecer silenciosos en medio de los recuerdos, de los temores y de las esperanzas que agitan los corazones de nuestros hijos.

«Desde luego debemos deciros, que si se conmovió nuestra alma al saber de qué modo en una parte de la Italia la intervencion de la Religion supo prevenir los peligros de tales cambios, y cómo la caridad con sus actos hizo estallar la nobleza de sus corazones, no pudimos ni podemos sin embargo dejar de afligirnos profundamente por los insultos que en otras partes tuvieron que sufrir los ministros de esta misma Religion. Aun cuando, olvidando nuestro deber, nos fuese dado pasar en silencio tamaños insultos, ¿pudiera este mismo silencio impedir que fuese un estorbo la eficacia de nuestras bendiciones?

«No podemos dejar de deciros además que el buen uso de la victoria es todavía cosa mas grande y mas difícil que la victoria misma. Si el tiempo presente recuerda una época anterior de vuestra historia, que los hijos se aprovechen de los errores de sus padres; acordaos ¡que toda estabilidad y prosperidad tienen por primera razon civil la concordia! ¡que solo Dios es el que une á los habitantes de una misma morada! ¡que solo Dios concede este beneficio á los hombres humildes y mansos, á los que respetan sus leyes en la libertad de su Iglesia, en el órden de la sociedad y en la caridad para con todos! Acordaos que solo la justicia edifica, que las pasiones no saben sino destruir, y que el que toma el nombre de Rey de reyes se llama tambien el dominador de los pueblos.

«¡Ojalá lleguen nuestras oraciones al Señor, y hagan que descienda sobre vosotros aquel espíritu de prudencia, de fuerza y de sabiduría, del cual el temor de Dios es el principio, para que nuestros ojos vean la paz en toda esta Italia, que si bien *en nuestra caridad universal para el mundo católico no podemos llamar la mas querida*, no obstante, es la que mas de cerca vemos,

amamos y compadecemos, por haber dispuesto Dios, en su bondad infinita, que nuestra Silla estuviera en medio de ella!»

Las tropas expedicionarias se dirigieron á Bolonia; el día 5 de abril el general Durando les dirigió la siguiente proclama, que causó al pacífico corazón del Pontífice el mas agudo dolor:

«¡Soldados!

«Hemos sido bendecidos por la mano del gran Pontífice, como nuestros antepasados lo fueron peleando en la noble tierra lombarda: el santo, el justo, el bueno entre todos los hombres ha comprendido que, para el que huella todo derecho, toda ley divina y humana, la razon extrema de las armas es la única justa, la única posible.

«Ha llegado el momento en que la natural compasion de su alma seria una convivencia culpable con la iniquidad, porque ha reconocido que si la Italia no sabia defenderse, se veria entregada por el Gobierno austriaco al pillaje, á la violencia, á la crueldad de una milicia salvaje, al incendio, al asesinato, á la ruina.

«Radetzki hace la guerra á la cruz de JESUCRISTO.

«Pio IX ha bendecido vuestros aceros unidos á los de Cárlos Alberto.

«Vuestras espadas deben exterminar á los enemigos de Dios y de la Italia, y de los que han ultrajado á Pio IX, profanado las iglesias de Mantua y asesinado á nuestros hermanos los lombardos. Esta guerra de la civilizacion contra la barbarie no es absolutamente una guerra nacional, es una guerra cristiana.

«¡Soldados!

«He dispuesto que todos llevemos la cruz de JESUCRISTO en el pecho. Cuantos pertenezcan al ejército de operaciones la llevarán sobre el corazón como yo la llevo.

«Con la cruz y por ella vencerémos, como vencieron nuestros padres. Que nuestro grito de guerra sea: ¡Dios lo quiere!»

Á una simple lectura se comprende que del alma de Pio IX llena de mandumbre no habia podido salir la inspiracion de este escrito, que respira en todas sus frases sangre y venganza.

Y ¿cómo no habia de ser una extralimitacion palmaria de las facultades del General el presentar aliadas íntimamente las banderas del Pontificado y de Cárlos Alberto? Pio IX solo pretendia conservar el patrimonio de la Iglesia, herencia recibida de la piedad de otros siglos como á baluarte de su independencia religiosa; Cárlos Alberto llevaba en el alma el programa realizado por su hijo, esto es, el pensamiento de la absorcion de todos los Estados italianos, para empuñar él solo el cetro de la Península.

Así es que en el diario oficial de Roma, cinco dias despues de haberse publicado la proclama de Durando, se insertó la declaracion importante que va á leerse:

«Una órden del día fechada en Bolonia el 5 de abril dirigida á las tropas expresa ideas y sentimientos que atribuye á los labios y al corazón del Soberano Pontífice. Cuando el Papa tiene que hacer declaraciones y manifestar sentimientos, lo hace *él mismo*, sin necesidad de recurrir jamás á la boca de un subalterno.»

En las orillas del Adige, del Mincio y del Po se organizó una verdadera guerra entre los generales romanos y los de Cárlos Alberto por una parte, y los generales Radetzki y de Aspre por otra.

En el entre tanto Roma iba presentando un aspecto cada dia mas siniestro. La cuestion política tomaba el carácter de cuestion social. Los aristócratas y los ricos eran insultados. Los pobres pedian limosna puñal en mano, y en nombre del pueblo se libraban letras y documentos de crédito contra determinados capitalistas.

Las calumnias esparcidas sobre los proyectos é intenciones del Papa alarmaban los ánimos en Alemania, á cuyos pueblos los protestantes representaban al Pontífice romano como á enemigo de su paz y prosperidad. Hablábase de la posibilidad de un cisma con el Austria, y empezaban las masas á familiarizarse con la idea de que el Papa tenia determinadas predilecciones nacionales.

Pio IX creyó llegado el momento de dirigir al universo su palabra apostólica, y lo hizo en la siguiente encíclica, una de las mas notables salidas de su pontificado :

«Mas de una vez, venerables hermanos, nos hemos levantado en medio de vosotros contra la audacia de algunos hombres que no se han avergonzado de hacer á Nos y á la Santa Sede apostólica la injuria de decir que nos hemos separado, no solamente de las santísimas instituciones de nuestros predecesores, sí que tambien (¡blasfemia horrible!), en mas de un punto capital, de la Iglesia. Hoy mismo todavía hay personas que hablan de Nos, como si fuéramos el principal autor de las conmociones públicas que durante estos últimos tiempos han turbado muchos países de la Europa y particularmente la Italia. Sabemos particularmente que en ciertos territorios alemanes de la Europa se ha hecho cundir el rumor, entre el pueblo, que el Pontífice romano, ya sea por medio de emisarios, ó bien por el de otras maquinaciones, ha excitado á las naciones italianas á provocar nuevas revoluciones políticas. Hemos sabido tambien que algunos enemigos de la religion católica han tomado de ello pié para sublevar los sentimientos de venganza en las poblaciones alemanas, para separarlas de la unidad de esta Silla apostólica.

«Ciertamente no nos cabe duda alguna que los pueblos de la Alemania católica y los venerables pastores que los guian rechazarán muy léjos de sí y con horror estas crueles excitaciones. No obstante, creemos de nuestro deber prevenir el escándalo que hombres inconsiderados y demasiado sencillos pudieran recibir, y rechazar la calumnia, que no se dirige solamente á nuestra humilde persona, sí que tambien, remontándose hasta el supremo apostolado de que estamos investidos, cae sobre esta Santa Sede. No pudiendo nuestros detractores producir prueba alguna de las maquinaciones que nos imputan, se esfuerzan en esparcir sospechas sobre los actos de la administracion temporal de nuestros Estados. Para arrancar hasta este pretexto de calumnia contra Nos, es por lo que queremos exponer hoy claramente y en alta voz ante vosotros el origen y la reunion de todos estos hechos.

«No ignorais, venerables hermanos, que ya á la fin del reinado de Pio VII, nuestro predecesor, los principales Soberanos de la Europa insinuaron á la Sede apostólica el consejo de adoptar para gobierno de los negocios civiles un sistema de administracion mas fácil y conforme á los deseos de los seglares. Mas tarde, en 1831, los consejos y los votos de aquellos soberanos fueron mas solemnemente expresados en el célebre *Memorandum* que los emperadores de Austria y Rusia, el rey de los franceses, la reina de la Gran Bretaña y el rey de Prusia, creyeron deber enviar á Roma por medio de sus embajados-

res. Tratábase en este escrito, entre otras cosas, de la convocacion en Roma de una Consulta de Estado, formada por la concurrencia del Estado pontificio todo entero, de una nueva y amplia organizacion de las Municipalidades, del establecimiento de los consejos provinciales, de otras instituciones igualmente favorables á la prosperidad comun, de la admision de los láicos en todas las funciones de la administracion pública y del orden judicial. Estos dos últimos extremos se presentan como principios *vitales* de gobierno. Otras notas de los mismos embajadores mencionaban que debia concederse un amplio perdon á todos ó á cuási todos los súbditos pontificios que habian sido infieles á su Soberano.

«Nadie ignora que algunas de semejantes reformas fueron llenadas por el papa Gregorio XVI, nuestro antecesor, y que otras fueron prometidas en los edictos expedidos de su orden aquel mismo año 1831. Sin embargo, tales beneficios de nuestro predecesor no satisficieron al parecer plenamente los votos de aquellos Soberanos, ni fueron suficientes para afirmar el bienestar y el sosiego en toda la extension de los Estados temporales de la Santa Sede.

«Por esto, desde el primer dia en que por los impenetrables juicios de Dios fuimos elevados á este lugar, sin estar excitados por las exhortaciones ni por los consejos de persona alguna, empero impulsados por nuestro ardiente amor al pueblo sometido á la dominacion temporal de la Iglesia, concedimos el mas amplio perdon á los que habian sido infieles al Soberano y al Gobierno pontificio, y nos apresuramos á dar algunas instituciones que nos parecieron serian favorables á la prosperidad de este mismo pueblo. Todos estos actos que señalaron los primeros dias de nuestro pontificado son plenamente conformes á los deseos que habian manifestado los soberanos de la Europa.

«Desde que con el auxilio de Dios habíamos puesto en ejecucion nuestro pensamiento, nuestros súbditos y los pueblos inmediatos parecieron tan llenos de júbilo y nos rodearon de tantos testimonios de reconocimiento y de respeto, que nos vimos obligados á contener en sus justos límites las aclamaciones populares en esta santa Ciudad, los aplausos, y las reuniones demasiado entusiastas de la poblacion.

«Todos conoceis bien, venerables hermanos, las palabras de nuestra alocucion en el consistorio del 4 de octubre, por las cuales recomendamos á los soberanos una paternal benevolencia y los sentimientos mas afectuosos hácia sus súbditos, al mismo tiempo que de nuevo exhortábamos á los pueblos á la fidelidad y obediencia á los príncipes. Hemos hecho cuanto ha dependido de Nos por medio de nuestras advertencias y exhortaciones, á fin de que todos firmemente adheridos á la doctrina católica, fieles observantes de las leyes de Dios y de la Iglesia, se aplicaran al mantenimiento de la concordia mútua, de la tranquilidad y de la caridad para todos.

«¡Ojalá que Dios hubiera permitido que este resultado tan deseado hubiese correspondido á nuestras palabras paternales y á nuestras exhortaciones! Empero son bien conocidas las conmociones políticas de los pueblos de Italia, de los que acabamos de hablar. Públicos son los acontecimientos que se han operado ya ó que han tenido lugar despues, tanto en Italia como fuera de sus límites. Si álguien pretende que tales sucesos en cierto modo han salido de las medidas que nuestra bondad y nuestro afecto nos sugirieron al principio de nuestro pontificado, no podrá de manera alguna imputárnoslo á crimen, si se atiende á que no hicimos otra cosa mas que lo que se creia, tanto por nos-

otros como por los indicados príncipes, que sería útil á la prosperidad de nuestros súbditos temporales. En cuanto á los que en nuestros propios Estados han abusado de nuestros beneficios, les perdonamos, á ejemplo del divino Príncipe de los pastores, con toda nuestra alma, y les llamamos con amor á mas santas ideas; suplicando ardientemente á Dios, padre de misericordia, aparte con clemencia de sus cabezas los castigos que reserva para los ingratos.

«Los pueblos de Alemania que hemos designado no podrán acusarnos, no habiéndonos en realidad sido posible contener el ardor de aquellos de nuestros súbditos que han aplaudido los acontecimientos que han tenido lugar contra tales pueblos en la alta Italia, y que, inflamados de un idéntico amor por su nacionalidad, han ido á defender una causa comun para todos los pueblos italianos. En efecto, hasta muchos otros príncipes europeos, sostenidos por las fuerzas militares mas considerables que las nuestras, no han podido resistir á las revoluciones que en la misma época han sublevado los pueblos. Y como quiera que sea, en este estado de cosas, no hemos dado otras órdenes á los soldados enviados á las fronteras, que las de defender la integridad y la inviolabilidad del territorio pontificio.

«Hoy, lo mismo que siempre, en que muchos piden que reunidos á los pueblos y á otros príncipes de Italia declaremos la guerra al Austria, hemos creído de nuestro deber protestar formalmente y con vigor á la faz de esta solemne asamblea contra semejante resolucion, contraria á nuestras ideas, atendido que, á pesar de nuestra indignidad, ocupamos acá en la tierra el lugar del que es el autor de la paz, el amigo de la caridad, y que fiel á las divinas obligaciones de nuestro supremo apostolado abrazamos todos los países, todos los pueblos, todas las naciones con igual sentimiento de paternal amor. Y si entre nuestros súbditos hay alguno á quien arrastre el ejemplo de otros italianos, ¿por qué medio se quiere que podamos enfrenar su ardor?

«Empero, aquí no podemos dejar de rechazar á la vista de todas las naciones los pérfidos asertos publicados en los periódicos y en los diversos escritos, por los que quisieran que el Pontífice romano presidiera la constitucion de una nueva república formada de todos los pueblos de la Italia. Muy al contrario: en este punto advertimos y exhortamos vivamente á esos mismos pueblos italianos, y por el amor que les profesamos, que estén prevenidos contra esos pérfidos consejos, tan funestos para la Italia. Suplicámosles que se unan indisolublemente á sus príncipes, cuyo afecto han experimentado, y á no dejarse descarriar de la obediencia que les deben. Obrar de otro modo, no tan solo sería faltar á sus deberes, sí que tambien exponer á la Italia al peligro de ser destrozada por las discordias cada dia mas vivas, y por facciones intestinas.

«Por nuestra parte declaramos además que todas las ideas, todos los cuidados, todos los esfuerzos del Pontífice romano, solo se dirigen á extender mas y mas cada dia el reino de JESUCRISTO, que es la Iglesia, y á no retroceder de los límites de la soberanía temporal con la que la divina Providencia ha dotado la Santa Sede para la dignidad y libre ejercicio del supremo apostolado. Están, pues, en un grande error aquellos que piensan que la ambicion de una mas vasta extension de poder puede seducir nuestro corazon y precipitarnos en medio del tumulto de las armas. ¡Oh! seguramente sería una cosa muy dulce para nuestro corazon paternal, si fuera dado á nuestra intervencion, á nuestros cuidados y á nuestros esfuerzos, apagar el fuego de las discordias,

aproximar los ánimos que divide la guerra, y restablecer la paz entre los combatientes.

«Al propio tiempo que nos ha consolado en gran manera el saber que, en muchos países de la Italia y fuera de ella, nuestros fieles hijos no han olvidado en medio de sus relaciones el respeto que se debe á las cosas santas y á sus ministros, nuestra alma se ha afligido vivamente al saber que este respeto no se ha observado de igual manera en todas partes. No podemos prescindir de deplorar aquí en vuestra presencia la funesta costumbre con que se propaga, sobre todo en nuestros días, toda clase de perniciosos libelos, en los cuales se hace una encarnizada guerra á la santidad de nuestra Religion y á la pureza de las costumbres, ó bien se excita á la conmocion y á la discordia civil, predicando el despojo de los bienes de la Iglesia, atacando sus derechos mas sagrados, ó destrozando y empañando con falsas acusaciones el nombre de toda persona honrada.

«Hé aquí, venerables hermanos, lo que hemos creído deberos comunicar en este día. Solo nos falta ahora ofrecer juntos, en la humildad de nuestro corazón, continuas y fervientes oraciones á Dios omnipotente y bueno, para que se digne defender su santa Iglesia contra toda adversidad, mirarnos con misericordia desde la cumbre de Sion, y protegernos, y atraer en fin á todos los príncipes y á todos los pueblos á los tan deseados sentimientos de paz y de concordia.»

Nadie dejará de sentir las agradables impresiones que á nosotros nos causa la lectura de la anterior encíclica; ella es la contestacion mas solemne á los cargos diversos y encontrados que se dirigian á Pio IX, procedentes unos del campo de la demagogia racionalista, y otros del campo de los católicos que no sabian interpretar las altas miras que tenia á la vista en el desarrollo de su plan político.

En aquellos días no faltaron hombres que se atrevieron á dudar de la integridad religiosa del que no ha cesado de ser ni un solo día modelo de pontífices, tipo de pastores.

La atmósfera contraria al Pontificado que se estaba confeccionando en Alemania á la accion malévola de la diplomacia austriaca, atormentaba el espíritu de Pio IX, que sabia bien que se debía todo á todos; su palabra apostólica insistió sobre todo en desvanecer aquellos malévolos trabajos.

Evoca el Padre Santo las tendencias de sus augustos antecesores, que se esmeraron en preparar para su pueblo útiles reformas, y hasta la participacion en las tareas de la administracion pública á los seglares. La rápida historia trazada sobre este particular es oportuna y digna. Pio IX acepta la responsabilidad de haber coronado la obra de Pio VII y de Gregorio XVI, así como declara á estos sus dos predecesores participantes de la gloria que pudiera redundarle por tamaña empresa.

Cada nacion recibe en este documento notable su leccion y su consejo: la Alemania y la Italia especialmente reciben la expresion del mas entrañable cariño; la primera dándole la seguridad de que le merece igual interés y predileccion que la segunda; y esta trazándole el camino de la equidad, de la moderacion, de la subordinacion y de la paz, que le conviene recorrer para conseguir el bello ideal de su verdadera independencia.

En fin, todas las utopias políticas y sociales que se habian planteado á la sombra de la política expansiva de su pontificado están virilmente rechaza-

das y disipadas en esta encíclica, en la que se encuentran igualmente afirmadas la utilidad y oportunidad de las sensatas reformas y progresos llevados á cabo durante su administracion.

Por esta encíclica el Papa no retrocedió ni un solo paso; levantó la frente, y dijo al universo: Ahí me tienes; estas son mis obras, examínalas y júzgame; empero júzgame por mis obras, no por las calumnias de los que me atribuyen obras que no son mías, y que no acepto.

Los campos quedaron deslindados. El espíritu del Pontificado se ostentó descartado del espíritu revolucionario. Las pasiones demagógicas supieron que ya no podían valerse de la bandera de las doctrinas católicas, y que se había concluido aquella tolerancia prudente con que Pío IX, para agotar hasta al portento los testimonios de su mansedumbre, había sufrido que se invocase su nombre por personas que tenían muy alejado del corazón el afecto católico.

Esta encíclica produjo una verdadera explosión de ira entre los demagogos. El Papa declaraba que no quería ser instrumento de ninguna indignidad, y que su misión en Italia estaba cumplida:

Los clubs resolvieron contrapesar el efecto de la palabra pontificia. Trataron primero de dirigir al universo una encíclica en nombre de la libertad, en refutación de la encíclica pontificia; empero aquel proyecto fue rechazado como á pueril: trataron después de constituir un Gobierno provisional; empero la idea de la destitución de Pío IX tenía el invencible obstáculo de la impopularidad; finalmente, una reunión numerosa celebrada en el círculo del Comercio, establecido en el palacio Theodoli, resolvió formar un Ministerio liberal subido, y presentarlo á la sanción del Padre Santo.

El alma del proyecto era Mamiani. Este hombre, dotado de apreciables cualidades, cedió al torrente de la populachería; asumiendo la jefatura de aquel club, hizo el orador de las turbas, á las que sujetó un programa en el que se consignaba la destitución de todos los eclesiásticos que ejercieran empleos públicos; la formación de un Gobierno á cuya cabeza fuera llamado Pío IX; la inmediata publicación de un manifiesto que refutara la última encíclica; la declaración formal de guerra á Austria; la publicación diaria de un Boletín de operaciones militares; y, en fin, la adopción de grandes alicientes dados á la juventud romana para que tomara parte en la guerra contra los bárbaros.

El pueblo, que siente, aunque no discurre, aceptó el programa; la guardia cívica se declaró también partidaria de su realización, y Roma, como en víspera de un combate, vio ocupados sus puntos militares y tomarse grandes é inusitadas precauciones.

Los eclesiásticos más edificantes eran objeto de las burlas y atropellos de la chusma, que creía ver en el clero el principal obstáculo que encontraba Pío IX para ir adelante.

Cicernacchio era, como siempre, el caudillo de los agitadores; impulsado por diabólico frenesí, al saber que la revolución ha encontrado ya la forma de intimarse al Papa, vuela del Capitolio al palacio Theodoli, y acompañado por una cohorte de sicarios, entra vociferando: «¡Mueran los bárbaros, viva la revolución!»

La repugnancia que infundían las destempladas maneras de aquel infeliz repugnaban á los que, sin tener menos ideas que él, se gloriaban de conservar un resto de pudor social. Así que el mismo Mamiani creyó deber dirigirle una mesurada advertencia: «Nuestra causa triunfa, le dijo; no la compromete-

tamos á los ojos de la Europa que nos observa. En revolucion los sacrificios sangrientos redundan en contra de los sacrificadores, y es raro que los verdugos no pasen á ser víctimas. Los excesos producen la reaccion.

—Es que, persistió el furibundo demagogo, solo hay un medio de salvar la revolucion y de librar á Pio IX de los enemigos que le pierden, arruinando la sagrada causa del pueblo; los curas se han puesto entre el Pontífice y la libertad; es preciso sacrificarlos para que la libertad pase.

—Y ¿quién matará á los curas? preguntó Mamiani.

—Si la patria me lo manda, yo.

—¡Vos! y ¿pensais poderlos matar á todos?

—En verdad, esto es imposible.

—Ya veis claramente que no hariais mas que cometer inútiles asesinatos.»

Tal era el lenguaje que se usaba y los asuntos de que se trataba en el círculo del palacio Theodoli. De modo que si CERNACCHIO hubiera tenido á mano un medio de matar de un golpe todos los curas, como «que aquellos asesinatos no fueran entonces inútiles,» Mamiani á lo menos hubiera deliberado sobre lo que podria hacerse.

Los votos y decisiones de aquel círculo popular fueron llevados al Ministerio. Mamiani y Sterbini se presentaron á los Ministros con el *ultimatum* del pueblo. Exigia este la completa secularizacion del Gobierno, la dimision del cardenal Antonelli, el inmediato despido del embajador de Austria, la declaracion de guerra en la *Gaceta oficial*.

Los Ministros contestaron que estaban en el poder para dirigir la nave nacional en aquel periodo tempestuoso; que el Papa estaba dispuesto á llevar hasta los límites de lo prudente la transaccion política, no la religiosa ni la moral; que lo que se les proponia era gravísimo, y que para resolver les era indispensable un plazo de dos dias.

Como los comisionados insistiesen en la necesidad de satisfacer las ansias populares respecto á la guerra, despues de una deliberacion de mas de dos horas, se convino en hacer una manifestacion concebida en estos términos: «El Ministerio y su Presidente, unánimes, ahora como siempre, acerca de todos los negocios, se ocupa en estos momentos, con un corazon italiano, en tomar las medidas que en su conciencia cree necesarias y útiles para bien del Estado y para el triunfo de la causa italiana.»

La tregua de dos dias fue penosamente aceptada por las masas, que pretendian una resolucion inmediata.

Devoraba á Roma una sed irresistible de sangre; los espíritus de la guerra la tenian invadida; los ángeles de la paz se hallaban encerrados en el Quirinal; allí solo residia el Soberano de la mansedumbre, el Rey del Evangelio. Todos los esfuerzos se dirigian á convencer á Pio IX de la compatibilidad de su ministerio con una declaracion de guerra. Querian convertir en espada que hiriera y matara aquel dulce labio del que manaban siempre expresiones y decretos de misericordia.

El P. Ventura, el conde Amari, el baron Pisani, diputados por Sicilia; Azzoni y Quinterio, que lo eran por la Lombardia; Bolda y Castellani de Venecia, entregaron al Papa una enérgica memoria para probarle que su deber era la declaracion.

Por todas partes se atizaba la idea de la guerra; ella constituia la primera

THE HISTORY OF THE COUNTY OF MIDDLESEX

The first part of the history of the county of Middlesex, is the history of the city of London, which is the most ancient and most populous city in the world.

The second part of the history of the county of Middlesex, is the history of the city of Westminster, which is the most ancient and most populous city in the world.

THE HISTORY OF THE COUNTY OF MIDDLESEX

The third part of the history of the county of Middlesex, is the history of the city of St. Albans, which is the most ancient and most populous city in the world.

The fourth part of the history of the county of Middlesex, is the history of the city of St. Albans, which is the most ancient and most populous city in the world.

THE HISTORY OF THE COUNTY OF MIDDLESEX

The fifth part of the history of the county of Middlesex, is the history of the city of St. Albans, which is the most ancient and most populous city in the world.

The sixth part of the history of the county of Middlesex, is the history of the city of St. Albans, which is the most ancient and most populous city in the world.

Títulos de los capítulos contenidos en las entregas que van publicadas de la presente obra.

PRÓLOGO.

CAPÍTULO I.— Situación del mundo al nacer Pío IX.

CAP. II.— Patria, familia y nacimiento de Pío IX.

CAP. III.— Relaciones del niño Juan María Mastai con el sumo pontífice Pío VI.

CAP. IV.— Pío VII.— Relaciones del joven Mastai Ferretti con aquel Pontífice.

CAP. V.— Leon XII.— Relaciones del abate Mastai con aquel Pontífice.— Su elevación al episcopado de Espoleto.

CAP. VI.— Pontificado de Pío VIII.

CAP. VII.— Gregorio XVI.— Relaciones del arzobispo de Espoleto con aquel Pontífice.— Su traslación á la silla de Imola y elevación al cardenalato.

CAP. VIII.— Elección del sumo pontífice Pío IX.

CAP. IX.— Situación del mundo á la elevación de Pío IX al pontificado.

CAP. X.— Principios del pontificado de Pío IX.

CAP. XI.— Un sermón predicado por Pío IX.— Hechos diversos y sábias disposiciones de este Pontífice.

CAP. XII.— Celo extraordinario de Pío IX en favor de la Iglesia universal.

CAP. XIII.— Pío IX y los Jesuitas.

CAP. XIV.— Diversas anécdotas sobre la caridad de Pío IX para con los desvalidos.

CAP. XV.— Política de Pío IX en la inauguración de su reinado; revolución de Roma.

CAP. XVI.— Primeras reformas de Pío IX.— Manifestaciones populares.

CAP. XVII.— Complicaciones diplomáticas y maquinaciones revolucionarias.

CAP. XVIII.— Revolución de 1848.

Láminas publicadas.

PORTADA.— *Non timere periculum; lignum te portat quod continet sæculum.* (AUG. ENAB. IN PSALM. CIII). No temas el peligro, la nave que te lleva sostiene y refrena el mundo.

Sinigaglia, patria de Pío IX.

El niño Mastai orando con su madre por Pío VI.

El presbítero Ferretti despidiéndose de los pobres del hospicio de *Tata Giovanni*.

El joven Mastai Ferretti pide consejo á Pío VII sobre su vocación.

El piloto Bako salva la embarcación en que iba Mons. Mastai Ferretti.

Láminas que van á publicarse.

Mons. Mastai, obispo de Imola, careciendo de dinero, entrega un par de ricos candelabros de plata, para sacar de apuros á un comerciante comprometido.

Mons. Mastai, arzobispo de Espoleto, se presenta al general austríaco imploran-

do perdón para los insurrectos italianos refugiados en su ciudad.

Una paloma blanca se posa sobre el coche del cardenal Mastai al dirigirse al conclave.

Anuncio al pueblo de la elección de Pío IX desde uno de los balcones del Quirinal.

